# APUNTES

Tomo IV

30 DE SETIEMBRE DE 1937

Hay verdades simples que nadie discute, que las admite al momento el sentido común, y que sin embargo no parecen ser aceptadas sino para olvidarlas inmediatamente. Diríase que porque son simples, son estériles, y que por adoptarlas sin discusión queda úno dispensado de prestar atención a sus consecuencias.



La riqueza de todos, la riqueza colectiva, no puede acrecentarse sino por la actividad de los individuos, y la actividad de los individuos no puede ser incitada sino por la certidumbre para cada uno de que el fruto de su trabajo será su propiedad, para sí mismo, para sus hijos o para aquellos a quienes él juzgue conveniente trasmitirla después de su muerte. Tal es, en efecto, el orden social no utópico: la propiedad, la familia, la herencia y la facultad de testar. Quitar al hombre la facultad de testar es el primer paso hacia el comunismo absoluto, el comunismo despótico, el comunismo de convento; el primer paso hacia el despotismo oriental, donde todo pertenece a uno solo.

COLINS

Nada más torpe ni más bárbaro, así se trate de la educación o de la política, que las leyes y ordenanzas prohibitivas.

GOETHE

... Siento entonces que me embarga una ternura infinita por esta tierra materna en la que tengo por todas partes raíces tan delicadas y tan hondas. Pienso que la Patria es todo lo que me ha hecho lo que soy: mis padres, mis amigos de ahora y todos mis amigos posibles; la campiña en que sueño, la calle donde hablo; los grandes hombres que amo, los bellos libros que he leído. La Patria, no me concibo sin ella; la Patria soy yo mismo por completo. Y entonces soy patriota a la manera del ateniense que sólo amaba a su ciudad y que no quería que la tocasen, porque la vida de la ciudad se confundía, para él, con su propia vida. En efecto, hay que sentir así: ;es tan natural! Pero no hay que decirlo: es demasiado difícil y no tenemos el derecho de ser triviales al expresar nuestro más querido pensamiento!

J. LEMAITRE

store cour a managing chot obwork

## Dos generaciones

Por Luis de Zulueta

(Las notas al pie de página son mías. e. j. r.)

Muchas personas de edad madura, en todo el mundo, habrán leído con sincera emoción las palabras pronunciadas por el viejo Stanley Baldwin ante millares de jóvenes llegados a Londres desde los dominios y colonias que en las cinco partes del globo forman el Imperio Británico.

El discurso del primer ministro ha sido una confesión. «Yo he tenido mis sueños...» ha dicho ante un auditorio que se halla en la edad de soñar. Ha contado su sueño y sus desilusiones. Confesión dolorida que podrá hacer suya no sólo toda una generación inglesa, sino toda una generación humana.

Esa generación se hallaba en la plenitud de la vida hace veinte años. La Gran Guerra fue su gran experiencia. El tratado de Versalles y la Sociedad de las Naciones fueron su obra. Al hacer el balance, ¿debe esa obra escribirse en el «Haber» o en el «Debe»? «Hace veinte años yo hubiera creído lo primero», ha confesado Baldwin tristemente.

El Pacto de la Liga de las Naciones, pese a sus evidentes deficiencias, no era un convenio como tantos otros, porque estaba escrito con la sangre de millones de mártires que murieron en la fe de que caían por la libertad de los hombres y de los pueblos en una guerra que sería la última de las guerras.

Por fin, la toga se sobreponía a las armas. La victoria no crea derechos, fue la sentencia inscrita en la toga de Wilson; triple toga; la del magistrado jurista, la del profesor universitario, la del pastor evangélico colgada en el presbiterio paterno. Comenzaba una nueva era en la historia. ¡Libertad en cada país! ¡Paz en la tierra bajo la bandera azul de la Sociedad de las Naciones!

Había derecho a esperarlo todo, después de tanto sacrificio. Se calculaba que si todos los muertos en la guerra se diesen las manos, formarían una cadena que podía dar la vuelta a la Tierra. Nuestro pobre planeta, a semejanza de Saturno, rodaba por los espacios circundado por un lívido anillo de cadáveres humanos... ¿No iba a cambiar el mundo, rodeado de ese círculo ambulante de almas en pena?

Nó, no ha cambiado; Stanley Baldwin ha proclamado en Albert Hall la decepción de la humanidad. «Por cada soldado muerto en el frente, hay otro que ocupa hoy su lugar...». Y, volviéndose a sus jóvenes oyentes, les ha dirigido un llamamiento para que sean ellos los que afiancen los ideales de la democracia y, en estos tiempos de prueba, salven la libertad, realizando lo que sus padres no pudieron conseguir. Cristiano y caballero, el estadista inglés se prepara con noble

serenidad a entrar en la sombra. «Nosotros pasamos...», dice con la melancolía de una generación que ha visto su ensueño frustrado. «Nosotros pasamos; vosotros sois el porvenir, la vida...».

\* \*

Más que las palabras de Baldwin interesaría ahora conocer las que no llegaron a decirse. Las que, sin duda, más de uno de los jóvenes oyentes murmurarían en lo íntimo de su consciencia, comentando la oración del primer ministro. La respuesta, en fin, de la nueva generación.

-Nosotros no hemos comprendido nunca diría quizás alguno de aquellos muchachos-vuestro famoso tratado de Versalles. Os faltó valor para elegir el camino en aquella decisiva encrucijada. ¡Ah! Cuentan que ese viejo galés que lo firmó se excusa alegando lo difícil de su papel entre Clemenceau que quería ser Napoleón, y Wilson que se imaginaba ser Jesucristo... ¡Pues, había que escoger! O la paz de la espada, o la paz del ideal. O la paz de la fuerza que hubiera aplastado al vencido, sin dejar que, en un siglo, pudiese levantar de nuevo el puño de hierro amenazando al mundo, o la paz de la justicia y de la fraternidad, tendiéndole la mano en una auténtica sociedad de las naciones desarmadas. Nó; nosotros no hacemos las cosas a medias...1

<sup>(1)</sup> Lo que diria yo en nombre de Baldwin, como contrarréplica: No sois muy fuerte en Historia. Clemenceau no queria ser Napoleón;

—¿Salvar la libertad?—contestaría acaso otro joven—. Pero ¿qué libertad? Porque yo no me siento libre en vuestro Estado libre. La vida no está por igual abierta a todos según sus energías y capacidades. Dentro del Estado, en el vientre mismo del Leviathan, las formidables condensaciones del poder y de la riqueza imponen de hecho sus leyes y, pese a todas vuestras aparentes libertades, queda realmente ahogada la mísera persona, el sér humano.

Yo quiero otro Estado y otra libertad. Pienso que sería posible un Estado, intervencionista en lo social-económico y, a la vez, liberal en lo ético-político, que organizara y dirigiera con mano firme el mecanismo de la producción, del trabajo, del consumo de los bienes materiales y, al mismo tiempo, dejara una libertad plena, auténtica, ilimitada, al pensamiento, a la palabra, a la consciencia.<sup>2</sup>

—Lo que le pasa, Sir, a vuestra generación —estaría tentado de contestar otro joven—es que nació en el siglo del quinqué de petróleo, el coche de caballos, la linterna mágica y la diligencia de correos. No acaba de enterarse de que en este otro siglo de la aviación y la radiotele-

Wilson no se imaginaba ser ni quería ser Jesucristo. Pero en el fondo, no está mal, talvez, vuestra réplica. Foch proclamaba lo mismo, dicho con más precisión.

<sup>(2)</sup> Contrarréplica: ¿Sois acaso mexicano? Un Estado intervencionista en lo «social-económico» y liberal en lo «ético-político», como decís, es un imposible. No sabéis lo que decís.

fonía las naciones del mundo entero están entre sí más próximas, son más solidarias e interdependientes que antaño lo eran las ciudades de un mismo reino. Y como un día las villas, con el desarrollo de las comunicaciones, hubieron de aceptar una ley común, es forzoso ya que los Estados se sometan a una ley de convivencia, a un orden común jurídico y económico. Quiéranlo o no. Lo impone fatalmente el progreso de la técnica, superior a las voluntades de dictadores o parlamentos. La vida internacional es hoy demasiado estrecha para que pueda seguir siendo anárquica.<sup>3</sup>

—¡Ay!—suspiraría para sí otro joven ya no tan joven—; vosotros, los viejos, proclamáis el fracaso de una esperanza. Pero empezamos a sentir la quiebra de otra. Se desvaneció vuestro ensueño liberal. Muchos de nosotros vamos perdiendo, a nuestra vez, la ilusión autoritaria. Hemos exaltado la fuerza. Sacrificámos la diversidad, seductora y fecunda, a la unidad del Estado. Un solo jefe, un solo partido, una sola doctrina. Todos en un haz, apretado por las correas de la disciplina, coronado por el hacha del poder! Mas los años pasan y ya los mejores entre los nuestros

<sup>(3)</sup> Se os han enredado las fechas. Soy posterior al vapor, a los motores eléctricos, al telégrafo, al teléfono. Y lo que proponéis fue bien formulado hace ya más de tres siglos por Francisco Suárez. Oíd lo que propuso este eminente jesuita español: el establecimiento de relaciones jurídicas entre los pueblos, semejantes a las que rigen entre los individuos de un mismo pueblo para impedir que cada uno se haga justicia por sus propias manos.

comienzan a creerse defraudados. ¿A dónde se nos lleva? ¿Qué va a salir de esto? Juventud es creación. Y sólo es creadora la personalidad libre, original, espontánea, inquieta, humana, humana...4.

-En realidad, maestro-proseguiría en sus internos soliloquios un adolescente, el más joven, talvez, de la reunión-, parece que hay como un ritmo alternado en el oleaje de la vida. Cada generación choca y riñe con la de sus padres y. en el fondo, se entiende y reconcilia con la de sus abuelos. Yo mismo estoy más cerca de un viejo liberal formado en la era de la reina Victoria que de uno de esos políticos ineptos y pedantes de la postguerra. Después de todo, esas ideas de libertad y de paz por las que millones de hombres murieron entre 1914 y 1918 no son tan distintas de las que hicieron aparecer en las barricadas, durante el siglo pasado, las melenas románticas y las estrechas levitas de los estudiantes, ni muy diferentes de las que agitaron a los filósofos y los poetas a fines del xvIII, ni muy otras que aquellas... ¿Pero a qué seguir...? Está bien: salvad la libertad. La libertad, sin embargo, no me parece un hogar que debamos sólo mantener y conservar como vestales. Hay que encenderlo de nuevo cada día. El porvenir? Cada mañana nos traerá luz. No me digáis que todos los días son iguales. Iguales y diversos: incomparables. Nadie ha visto aún la luz de mañana.4

<sup>(4)</sup> Vosotros, el menos joven y el más joven, sois de mi generación.

### Cleto González Viquez

ha muerto en San José, a la edad de 79 años. Fue un historiador, un jurisconsulto y un político.

En filosofía no tuvo ideas bien definidas. Esto le faltó para ser un estadista.

Su temperamento patriarcal lo inclinó hacia el socialismo. Un socialismo neto, pero moderado, que se manifiesta en toda su larga actuación en el Municipio, en diversas Juntas de Beneficencia, en la Cámara de Diputados y en la Presidencia de la República—que ejerció en dos períodos alternos normales. Su ideal era el del Estado-Providencia. Completemos la frase: Providencia indulgente. Sólo consigo mismo fue severo.

En la vida pública y en la privada supo ser constantemente distinguido, correcto y afable.

No fue demagogo.

Como gobernante, encabeza la lista de los mandatarios que han respetado en Costa Rica las libertades esenciales: Cleto González Víquez, Ricardo Jiménez, Carlos Durán, Francisco Aguilar Barquero, Julio Acosta. No estar expuesto a los bastonazos, a la prisión o a la muerte, esto es lo esencial, dicho con las palabras de Andrés Tardieu.

Elfas Jiménez Rojas

#### DE Goethe

Que cada uno barra frente a su puerta, y toda la ciudad estará limpia.

Aquí abajo, son los niños quienes más próximos se hallan a mi corazón.

Repruebo los preceptos negativos de la moral religiosa. «No matarás»—como si, en general, el niño pensase en matar a sus semejantes. En vez de restringir la actividad, sería mejor orientarla, valiéndose de consejos positivos.

Mi único propósito es no cultivar en mi hijo sino lo que realmente esté en él. El ideal es que cada individuo se realice a sí mismo. No es posible sacar del hombre sino lo que ya lleva dentro. Los niños bien nacidos y sanos traen mucho consigo: nuestro deber es cultivar esos dones.

La acción es la fiesta del hombre. Aquel cuya vida haya sido un esfuerzo perpetuo, ése se salvará. Quien toma como regla confrontar la acción con el pensamiento, y el pensamiento con la acción, no puede ser inducido a error; y si lo fuere, volverá a encontrar rápidamente su camino.

Ante todo, el maestro ha de hacerse amar. No se aprende sino de quien amamos.

La «cultura general» y todas las instituciones fundadas para procurarla, son ridículas. Saber bien y hacer bien una cosa, procura más alto desarrollo que hacer a medias una multitud de cosas. El inteligente, haciendo una sola cosa, encontrará en esta única cosa que hace bien, la imagen de todo lo que se hace bien.

Las lenguas vivas, además de su gran utilidad práctica, poseen la de proporcionar un medio de penetración en espíritus y cosas que no nos son familiares, y de preparar así ese espíritu cosmopolita que es nuestro clima natural.

El respeto es el sentimiento esencial para que el hombre sea hombre en todos sus aspectos.

#### Del «Diario de Costa Rica»

26 de setiembre 1937

Nuestra conversación con don Juan Trejos fue ocasional. Pero los conceptos que emitiera el señor Trejos, por hábito periodístico y por considerarlos dignos de la reproducción, nos mueven a reconstruirlos en la siguiente forma:

-No hay la menor esperanza; seguimos por el proclive del intervencionismo de Estado. Una burocracia absorbente, en continuo crecimiento. pesa sobre todas las actividades del país. El parasitismo de empleados-de un gobierno de empleados para los empleados-amenaza y coarta la iniciativa privada. Ahora mismo se nos anuncia la venida al país de un experto, para reformar nuestra tributación. Y veremos, como secuela inevitable, que la visita de ese nuevo Dr. Max, o al menos hermano del Dr. Max, se traducirá en nuevas oficinas, en ejércitos de empleados cuya misión principal será penetrar en los dominios privados de los negocios particulares, haciendo cada día más odioso ese intervencionismo irrestricto que hoy sufrimos, de tal modo que nadie pueda realizar, en paz y seguridad, sus propias empresas, quitándonos la privacidad de cualquier negocio que se intente.

La primera década de este siglo, con los mismos impuestos indirectos que hoy quieren repudiarse en nombre de la economía dirigida y de ese vampirismo del Estado, fue de mayor auge económico para el país. Había una mayor libertad para trabajar. La iniciativa privada, no expuesta a indebidas intervenciones, floreció con mayor provecho general. Pero, desde la administración González Flores, hemos ido en progresión peyorativa hasta llegar a las situaciones que hoy ha creado ese excesivo intervencionismo del Estado.

Los impuestos directos tienen muchos partidarios. Y hasta hay quien ha declarado que en nuestro país no se tributa como en Italia o en Alemania, naciones supeditadas a un Estado totalitario, considerando como el desideratum esos sistemas que todo lo sacrifican a los fines políticos o económicos de una burocracia, que trata de apoyarse en la intangibilidad de un Estado todopoderoso.

Dijimos al señor Trejos que era evidente que nuestro sistema tributario resulta, en cierto modo, injusto, porque no hace tributar al rico como rico, y que debe pensarse en los medios de hacer el sistema más equitativo, gravando más directamente la riqueza particular y evitando que se efectúe el fenómeno que se observa en las zonas cafetaleras, pues éstas, gradualmente, han ido quedando en pocas manos, a tal grado que va creándose un verdadero latifundismo que terminará por liquidar nuestro renombre de nación abundante en pequeños propietarios.

Pero-continuó el señor Trejos,-será necesario buscar otros medios menos peligrosos y más apropiados. El impuesto directo recae sobre la producción; en cambio el indirecto recae sobre el consumo. Y no es gravando la tierra y los factores de riqueza como se fomenta el progreso del país, sino habilitando nuevas zonas para agricultura, dando impulso al espíritu de empresa, con la construcción de carreteras, y proporcionando a quienes trabajan los medios para intensificar la producción, en las distintas industrias agrícolas. Por eso considero de gran utilidad la construcción del muelle en Punta Quepos. Habilitará una zona costeña, pero de la cual quedan a cortísima distancia tierras altas, de condiciones espléndidas para aumentar y reponer las fuentes de nuestra producción cafetalera. Lo mismo podrá decirse del trozo de carretera panamericana que está en vía de construcción y que habilitará regiones de incalculables recursos para el porvenir.

Pero antes debemos combatir ese creciente intervencionismo del Estado, que siempre tendrá defensores y partidarios, porque de ello derivan provecho y buenos sueldos... los miles de burócratas que pesan sobre la nación y el esfuerzo de los que trabajan y producen riqueza.

Antonio Zelaya

# La Historia Anecdótica

Por Julio Vives Guerra

Denominación Aritmética. — El talento y el chispeante ingenio del poeta Jorge Pombo se mostraban en todas las ocasiones, hasta en los asuntos más insignificantes, de esos que parece que no dan de sí ni para un leve rasgo de agudeza.

Por eso las crónicas de Bogotá están recamadas de las improvisaciones, las oportunidades y los retruécanos de aquel poeta, cuya amistad ha sido y es para mí uno de los grandes orgullos, porque siempre tuve conmigo sus estímulos, sus aplausos y sus fraternales censuras literarias.

En el año de 1905, cuando la llamada época del Quinquenio, era ingeniero oficial de Bogotá el doctor Máximo Vanegas, que se distinguía por

su laboriosidad y su actividad.

Una mañana estaba el doctor Vanegas ocupado en dirigir la reparación y la división de las alcantarillas que salen del edificio de Santo Domingo a la calle 13; edificio en que, entonces como ahora, funcionaban los correos nacionales.

Cuando más entregado estaba el doctor Vanegas a su maloliente faena, salió del correo Jorge Pombo, con la correspondencia que acababa de sacar, y vio a su amigo el doctor Vanegas entregado con alma y vida a la tarea de la división y reparación de las alcantarillas, a pesar de que el olor que ellas exhalaban no era precisamente el de los nardos ni las tuberosas.

Acercóse Jorge al doctor Vanegas y, con la voz nasal, pues las emanaciones lo obligaban a taparse las narices, le preguntó:

-Qué trabajo estás haciendo con todo ese

movimiento de la propiedad raíz?

—Ala—le contestó el doctor Vanegas—, es que estoy reparando estas alcantarillas y haciendo la división de ellas.

Y Pombo, siempre con su voz nasal repuso:

—Entonces has dejado de ser Máximo Vanegas para ser el máximo común divisor.

Por las ánimas benditas.—El general Honorato Barriga fue un respetable caballero bogotano, perteneciente a familia de alto linaje y de hermosa tradición patriótica.

Por su simpatía y su dón de gentes, el general Barriga era persona muy querida y estimada en la sociedad, y todo el que lo trataba quedaba encantado con su ingenio y su constante buen humor.

Vicisitudes en los negocios hicieron que el general Barriga cayera en extrema pobreza, hasta el punto de que algunas veces careciera de lo necesario para el sostenimiento de su familia; pero esa pobreza no lo hizo faltar nunca a su ingénita honradez ni apagó el también ingénito buen hu-

mor que lo sostenía en todas sus crujías y penalidades.

El 2 de noviembre de 1877 se hallaba con la pobreza recrudecida, pues en ese triste día de ánimas no sabía cómo llevar el pan a su casa, y determinó, como a las seis de la mañana, irse para el cementerio porque era muy devoto de las ánimas.

A esa hora aún no había empezado la función fúnebre; pero había muchos campesinos esparcidos por todo el cementerio, viendo tumbas y lápidas, en espera de la llegada de los sacerdotes que debían cantar los responsos y elevar las preces.

El general Barriga poseía una hermosa voz

de barítono; se acordó de que

faltan los medios

para la ingeniatura

sirve el ingenio».

Y, aquí que no peco, impulsado por la necesidad, acercóse a una tumba, a cuyo pie había un grupo de campesinos, y empezó a cantar un responso.

Oído aquello por los demás campesinos, empezaron a acudir de todos los rincones del cementerio y a pedirle responsos al improvisado oficiante que iba desgranando gorigoris y recibiendo óbolos. Cuando ya el barítono fúnebre tenía recogidos algunos pesos, dio de mano a su litúrgica tarea y salió del cementerio.

Dos o tres amigos que sonrientes lo miraban y lo oían desde la entrada del segundo patio, se

le acercaron y uno de ellos le dijo:

-¡Ala, Honorato, qué bien lo has hecho!

-Favor que tú me dispensas.

—Cuántas almas crees haber sacado del purgatorio con tus responsos?—le preguntó otro.

—No sé cuantas—contestó el general Barriga—; pero lo que sí aseguro es que saqué de penas, por el día de hoy, las almas de mi mujer y de mis hijos.

El poeta «Zig-Zag».—Don Julio Roberto González es un escritor y poeta santandereano que ha hecho popular su seudónimo de «Zig-Zag» puesto al pie de ágiles artículos y bien inspiradas poesías.

Mas lo que mejor distingue al señor González es la precisión de sus respuestas, que nunca dejan de ser ingeniosas y elegantes en la forma y

en el fondo.

Mucho ha rodado por los periódicos de la nación una frase que se le ha adjudicado, ora al uno, ya al otro, según las simpatías de quien la reproduce; pero que, como me lo asegura en una carta el inteligente caballero don Everardo Troncoso Vernaza, es original del señor González.

Un día le preguntó un amigo a Zig-Zag:

—No has leído La Razón, El Tiempo y El Siglo de hoy?

-No los he leído -le contestó el poeta-, y tengo intenciones de no volver a leerlos mien-

tras no dejen sus exageraciones.

—Por qué?—le interrogó de nuevo el otro, muy admirado de la respuesta, pues sabía que González es un gran lector de prensa y de libros.

—No volveré a leerlos contestó, porque si leo El Tiempo, pierdo la razón; si leo La Razón, pierdo el tiempo, y si leo El Siglo, pierdo el tiempo y la razón.

\*

Otra vez iba el señor González de paseo con el citado señor Troncoso Vernaza, y al pasar los dos amigos por un colegio de niños oyeron que éstos rezaban en coro unas larguísimas oraciones.

Troncoso Vernaza, que sabe de las ideas poco

ortodoxas de Zig-Zag, le preguntó:

—Qué opina usted de estos rezos tan largos en las escuelas?

—No opino nada—le contestó Zig-Zag—, porque no veo diferencia entre un ave que canta y un niño que reza: ni aquélla sabe a dónde van sus trinos, ni éste sabe a dónde va su plegaria.

Andares decisivos. - Don Estanislao Barrientos fue un caballero medellinense, de alto linaje, de más alta honorabilidad, muy conservador, de espíritu regocijado y de chispeante ingenio.

El señor Barrientos era tío carnal de don Estanislao Gómez Barrientos, discreto escritor, erudito historiógrafo, un verdadero patriarca que, por sus virtudes de ciudadano, fue muy querido y estimado en Medellín.

El señor Gómez, a quien todos distinguían con el hipocorístico de Talao, fue siempre un convencido conservador y a su partido le prestó grandes servicios con su pluma de escritor fácil y como periodista político.

Cuando el señor Gómez tenía unos veinte años, alguna amiga de la santa matrona que fue su madre, le dijo a ésta, con el laudable fin de mor-

tificarla:

-Voy a darte una noticia que no te va a gustar.

-Cuál será?-preguntó sobresaltada la señora

Barrientos de Gómez.

-Que me han informado que Talao tiene ideas liberales.

Tener ideas liberales en aquellos tiempos un joven de familia conservadora, era algo como si los médicos lo declararan lazarino o tísico, por lo cual la señora Barrientos de Gómez se vio a cantos de desmayarse a pura emoción dolorosa, pues ya suponía a su hijo considerado como un precito, como

un excomulgado, como un baldón de su raza nobiliaria.

Inmediatamente hizo llamar a su hermano don Estanislao y le dijo:

-Hermano, por Dios, aconséjame qué hago

en esta gran tribulación.

—Qué te pasa?—le preguntó don Estanislao.

—Que Talao está resultando liberal!

Rió de buena gana el señor Barrientos y repuso:

—Talao liberal? No lo creas, hermana. Llámalo y te probaré que estás equivocada.

Llamó la virtuosa dama a su hijo y éste acu-

dió inmediatamente.

Después de los saludos de rúbrica, el señor Barrientos le dijo a su sobrino sin prevenirlo:

-Talao, hazme el favor de andar unos veinte

pasos en este corredor.

-Para qué, tío?-le preguntó el señor Gómez,

—Camina los veinte pasos, que después te digo para qué necesito verte caminar.

Es de saberse que el señor Gómez tenía un andar un poco cansino, y sobre ese andar pensaba el señor Barrientos fincar su guasona prueba.

Anduvo el señor Gómez los veinte pasos, y el señor Barrientos, dirigiéndose a su hermana, le dijo riendo:

—Mira, hermana, un individuo con ese caminado no puede llegar a liberal. Una que no entendía.—La poesía de Julio Flórez puede tacharse como se quiera, pero nunca podrá ser motejada de falta de claridad, pues no fue él de aquellos poetas «que distraen a su clientela con acertijos métricos», ni de los que se entretienen en servirnos crucigramas rimados.

A pesar de esto, la clarísima musa del gran poeta tropezó una vez con las cerradas entendederas de una señorita, cuya intacta mente—más que intacta, ausente—no logró encerrar en su recinto las diáfanas estrofas del autor del *Idilio Eterno*.

Ello fue que andaban de bureo por alguno de los pueblos de la Sabana Julio de Francisco, Clímaco Soto Borda, Enrique Alvarez Henao,

Julio Flórez y otros poetas.

Todos esos bardos eran popularísimos, y al día siguiente de haber llegado a la población esa, fueron invitados a un té en la casa de uno de los principales del pueblo, que tenía una hija lindísima.

Como lo bestia no quita a lo bonito, la niña esa era más animal que un guardacantón; era propiamente una piedra berroqueña con faldas.

En aquellos tiempos las recitaciones constituían número obligatorio y, naturalmente, todos

le suplicaron a Julio Flórez que recitara.

La señorita de la casa podía considerarse como la reina de la fiesta, y Julio Flórez recitó una bella poesía galante, dedicada a la gentil y poco cerebral dama.

Lo malo no fincaba en que la niña fuera animal, porque el derecho de serlo es sacratísimo. Lo malo estuvo en que la niña, a sus muchas cualidades positivas, unía varias negativas, entre ellas la de ser muy imbécil—que ya la anoté—, y la de ser muy mal educada—, que anoto con inefable placer; por lo cual, apenas el poeta terminó su recitación y rompieron todos a aplaudir, exclamó aquella Fiera mental envuelta en la Bestia física:

-Talvez estarán muy bonitos esos versos,

pero yo no los entiendo.

Quedáronse todos de una pieza al oír semejante exabrupto, pero Julio Flórez, sin enfadarse ni turbarse, sacó la cartera y escribió estas dos estrofas, que hemos oído todos al compás de los tiples y las guitarras:

Yo sé que no me entiendes; que es en vano que a tí lleguen mis versos doloridos, unos como el rugir del oceáno y otros como el arrullo de los nidos.

Yo sé que no me entiendes. Sin embargo, mientras las cuerdas de mi lira pulse, al mundo le daré todo lo amargo de mis versos, y a tí todo lo dulce.

Una lección de urbanidad.—En el año de 1878 era jefe civil y militar del Estado Soberano de Antioquia el general Tomás Rengifo, valeroso

guerrero que alcanzó el honor de ser candidato para la presidencia de la nación.

No es inútil recordar que esa candidatura, ya boyante, quedó prácticamente desbaratada por haber fusilado Rengifo a don Guillermo Mac-Ewen; fusilamiento que trajo como consecuencia inmediata el hecho de que don Fidel Cano encabezara contra el candidato una poderosa corriente liberal.

Estaba el general Rengifo en todo el esplendor de sus triunfos, y una mañana pasaba por la esquina suroeste de la plaza principal de Medellín—hoy Parque de Berrío—, donde se hallaban parados tres o cuatro jovencitos de familias conservadoras, entre ellos don Luis Fernández Avendaño, que fue, corridos muchos años, un virtuoso sacerdote.

Cuando úno está en la adolescencia le parece muy bonito y heroico mostrarse descortés con los personajes del partido político contrario, y el señor Fernández, por no ser menos, al pasar el general Rengifo no se limitó a quedarse en la acera, a pesar de que sus compañeros se bajaron de ella, sino que se ensanchó hasta obligar al jefe del Estado a echarse a la calle.

El general Rengifo—cosa inusitada en él—, lejos de manifestar enojo por la descortesía, sonrió, y llamando a dos soldados que pasaban, les señaló al señor Fernández y les ordenó: —Lleven a este joven al cuartel mientras voy allá.

Es de figurarse la cara de susto que pusieron Fernández y sus compañeros; pero no llegó la sangre al río, pues apenas el general Rengifo fué al cuartel en donde se hallaba detenido Fernández, entró a la pieza que éste ocupaba y, entregándole un libro abierto, le dijo:

— Mire usted, jovencito, le dejo este libro, que es muy útil en la vida, para que se aprenda este capítulo de memoria. No saldrá usted de aquí sin habérselo aprendido, y el jefe de este cuartel le tomará la lección.

Fernández le arrimó el hombro con ahinco a la mnemotécnica y obligatoria tarea; a las cuatro o cinco horas hizo llamar al jefe del cuartel, y éste, sonriendo burlonamente, le oyó recitar de carretilla el capítulo impuesto por el general Rengifo, con título y todo, así más o menos:

Tratado de Urbanidad, por Manuel Antonio Carreño. Cómo debemos portarnos con las autoridades y con toda persona de respeto.

O compadre o muerto.—Felipe Pérez González en su popular zarzuela La Gran Vía—que enriqueció a varios empresarios, mientras el autor pasaba las de Caín—, trae esta copla, en que se refiere a ciertos gobernantes:

«Se tapa sin dilación toda boca que amenaza: la del pobre, con mordaza; la del rico, con turrón».

Más o menos de acuerdo con esa copla, resolvió el doctor Manuel Murillo Toro la consulta que le hizo un señor Gómez, su amigo personal.

Es el caso que una vez se encontró el señor

Gómez con el doctor Murillo y le dijo:

—Doctor, quiero que me aconseje qué hago con Fulano.

—Por qué? Qué le pasa con Fulano?—le preguntó el doctor Murillo.

- -Como usted sabe—contestó el señor Gómez—, Fulano es mi vecino. Sus animales se pasan a mi predio; los hago sacar, tapo los portillos que me hacen, y los trabajadores de Fulano, por orden de éste, dañan de nuevo los cercos para que los animales vuelvan a entrar y a dañarme los sembrados.
- —Quéjese a las autoridades—le aconsejó el doctor Murillo.
- —Me he quejado—repuso el señor Gómez—; pero Fulano tiene mucha letra menuda y grande influencia sobre las autoridades, por lo cual de nada me han valido las quejas.

-Propóngale un arreglo a su vecino-agregó

el doctor Murillo.

—Se lo he propuesto—siguió el señor Gómez—; pero al día siguiente lo viola. -Entonces, mi querido amigo-le dijo el doctor Murillo-, no le queda sino un camino.

-Cuál?-preguntó el señor Gómez, que vió

el cielo abierto.

-Con un mal vecino no hay sino dos cami-

nos: o matarlo...

—Pero yo soy un ciudadano pacífico, y no puedo matar a nadie—interrumpió el señor Gómez, asombrado de que el doctor Murillo Toro

le diera un consejo tan drástico.

- —Déjeme terminar, mi querido amigo—le dijo el ilustre estadista—. Con un mal vecino no hay sino este dilema: o matarlo o hacerlo compadre. Nombre a Fulano padrino de uno de los niños de usted.
- Es que no tengo ningún hijo recién nacido.
   Pues procure que le nazca. Eso ya corre

por cuenta suya.

Un pero bien puesto. —Si no recuerdo mal, lo que relata la última parte de esta anécdota le sirvió a Clímaco Soto Borda para tema de unas bellas estrofas.

Hoy el ilustrado caballero doctor Hugo Gartner me envía de Riosucio la historia de tales estrofas, y esos datos—que agradezco hondamente—los desarrollo y publico con mucho gusto.

Un día llegó a su casa el inspirado autor de El Músico Bohemio, muy afanado y cogitabundo,

«dando tajos y mandobles contra cierto dueño de periódico que no le había pagado a tiempo unas de sus chispeantes crónicas».

La madre del poeta, la santa matrona doña Magdalena Borda de Soto, viendo a su hijo tan

inusitadamente enfurecido, le preguntó:

—Qué te pasa, Clímaco, que estás enojado?

—Mamá, que Fulano es tan sinvergüenza le contestó el poeta—que me debe diez pesos hace días y no he podido sacárselos.

-No te aflijas, que después te pagará-re-

puso la noble dama.

- —Sí, mamá—replicó Soto—; pero es que hoy es viernes y yo contaba con ese dinero para el mercado.
- —Después veremos cómo conseguimos—añadió doña Magdalena resignadamente.

-Sí, mamá; pero mientras conseguimos nos

lleva un trueno.

—No te preocupes—agregó la virtuosa señora—, que Dios no desampara a sus hijos.

-Y te parece, mamá, que no es desamparar-

nos el hecho de no tener para el mercado?

-No, hijo; otros hay en peor situación.

- -Bueno, mamá, pero esos no son de mi familia.
- -En todo caso, hijo, acuérdate de que Dios no se ha muerto.
- -Mamá, es verdad que Dios no se ha muerto, spero está muy grave!

### Del "Diario de Costa Rica"

21 de setiembre 1937

No tuvimos la intención de conversar con don Elías Jiménez Rojas en carácter de periodistas. Fuímos a devolverle un libro que nos había prestado y, a propósito de este libro, se inició la conversación.

Don Elías ha ampliado su trastienda, que ahora tiene un aspecto de comodidad espaciosa y activa. Tiene también un jardín. A un lado del jardín, el escritorio personal. Al otro, el laboratorio, también personal. En aquel ambiente, propicio al noble ejercicio de la ciencia, no había posibilidad de hablar de ideas políticas. No porque en nuestro ánimo, ni posiblemente en el de don Elías, hubiese mermado la importancia de las ideas políticas. «Yo nunca quito el dedo del renglón», nos dijo nuestro interlocutor en la única alusión de carácter político que nos hizo esa tarde. Pero a veces el ánimo cae bajo la influencia del medio, y esa tarde el medio, sin llegar a la austeridad de la disciplina científica, tenía la seriedad de un laboratorio y la placidez de un jardín. De ambas cosas tenía aquel día don Elías, al exponernos sus experiencias con animales, para comprender los efectos de la sal, y al expresar en sus palabras-muchas veces nubladas, en su tono y en su intención, por la reciente muerte de su hermano el Lic. don Alfonso Jiménez Rojas—el optimismo propio de una elevada y fecunda existencia, de una admirable salud y de un pleno sentido de la vida.

Unicamente queremos resumir y transcribir algunos apuntes de la conversación, porque los consideramos de positivo valor. Cree don Elíasy lo ha comprobado con experiencias de varios años-que la humanidad cometió un gran error, desde hace siglos, cuando empleó la sal o cloruro de sodio en la alimentación. «El cloruro de sodio o sal común-nos dijo-es uno de los alimentos más importantes. Sin él no hay vida posible. Se encuentra en las aguas y en casi todas nuestras comidas, sean de origen animal o vegetal. No necesitamos, pues, pensar en él por separado. Sin embargo, dejándonos engañar por el falso dicho de que lo que abunda no daña, hemos dado en ponerle sal a lo que ya la tenía; y con este exceso de sal nos hemos creado una vejez penosa. La diabetes, la obesidad, la uremia, etc., se las debemos en gran parte al desequilibrio químico a que llegamos con el abuso de la sal».

Desconocíamos también los graves efectos del sol y la poca eficacia de la leche en los organismos de edad avanzada. El sol—nos explica don Elías—es fundamental en el desarrollo del niño, pero es peligroso en exceso y lo es más a medida que la edad avanza. La insolación es la verdadera causa de muchas enferme-

dades y complicaciones que el hombre atribuye erradamente a múltiples factores. Y en lo que se refiere a la leche, aunque sin los peligros del sol, debe también considerarse, para sus efectos en la economía del organismo, como indispensable en los primeros años y como escasamente efectiva en la edad madura.

Hemos dicho algunos apuntes y a esto se limita nuestra labor. No estamos en capacidad de complementarlos con las experiencias hechas por don Elías ni con los datos técnicos y científicos que él nos expuso. Sentimos también el deseo de extendernos sobre otros muchos aspectos que abarcó nuestra conversación: recuerdos de sus estudios en París, comentarios sobre obras científicas, etc. Pero esto pasa de las posibilidades de un reportaje periodístico y no podría nunca alcanzar la riqueza de matices y la intensidad que hay en una conversación con don Elías. Esto es ya del dominio de este gran costarricense y parte, también, del ambiente que nos acogió por unas horas.

ABELARDO BONILLA

\* \*

El sol y todos los aparatos de laboratorio que pueden producir fiebres artificiales son muy peligrosos para la salud. Las sustancias protei-

cas que representan el papel más importante en nuestro cuerpo son extremamente delicadas frente al calor: una temperatura de 39 ó 40 grados puede disociarlas. Los aparatos radiotérmicos y todos los otros radioterápicos de ondas largas hacen comúnmente más mal que bien. Nuestro organismo es una máquina eléctrica cuyas descargas tienen este doble carácter: una pequeñísima intensidad (o amperaje) y una gran tensión (alta frecuencia, alto voltaje). Este mismo doble carácter debe tener, por regla general, toda irradiación a la cual lo sometamos.

outon apprehense, j. r. ossob

#### Del "Diario de Costa Rica"

17 de setiembre 1937

Casualmente llegámos ayer hasta el despacho de don Elías Jiménez Rojas; y claro, la conversación recayó sobre las cálidas demostraciones de simpatía que se le han hecho al celebrarse el cincuentenario de la fundación del Liceo de Costa Rica, con motivo de haber sido allí profesor (1895-6-7), director después, por un año (1905-1906).

Estaba emocionado. Nos refirió la satisfacción que había tenido de verse rodeado, el día 15, de los bachilleres que se graduaron al terminar

aquel curso que le tocó dirigir. Y concretó sus palabras más o menos así:

—Verá usted. Llegué a la dirección después de varios años de labor del señor Salinas: estos caballeros eran ya entonces hombrecitos, muchos hasta de mayor altura que la mía, y sobre todo, estaban encariñados con mi predecesor. La verdad: yo les tenía miedo. Fue una de las cosas que más me hicieron pensar, antes de aceptar la dirección del Liceo. Pero nos entendimos. Y al cabo de 32 años han llegado a renovarme sus simpatías. Eso realmente conmueve.

-¿Por qué no nos da sus impresiones escritas?

—Francamente, sentiría no poder recoger en mis palabras toda la emoción del momento vivido. No recuerdo haber pasado unos minutos iguales.

No insistímos. Nos despedímos de don Elías y fuímos a buscar a varios de los bachilleres festejantes.

Forman el grupo de dichos bachilleres los señores: ingeniero don Ricardo Pacheco Lara, actual Secretario de Fomento; doctor dentista don Raúl Orozco Casorla, don Diomedes Astorga Sanabria, jefe de la Contabilidad del Almacén Uribe y Pagés; ingeniero don Carlos Collado Quirós, hacendado y profesor de la Escuela Nacional de Agricultura; abogado don Jorge Tristán Fernández, don Laureano Echandi, jefe de la Contabilidad Nacional; abogado y profesor

don Juan Rafael Vargas Valverde, Inspector Judicial; y del grupo de normalistas-entonces el Liceo titulaba bachilleres y maestros-don Abel Sánchez Bonilla, don Leovigildo Arias Soto, don José Guerrero, don Jesús Robles, don Francisco Solórzano, actual Jefe Administrativo de Educación Primaria, y don Zacarías Leiva. Se excusaron los señores don Raúl Jiménez Guido, por estar en Puntarenas; don Domingo Caamaño, que reside en Nicoya, y don Eduardo Arroyo Lovel, que vive en San Carlos. Falta citar a los desaparecidos: el licenciado don Oscar Padilla Castro, el doctor don Carlos Sacripanti y don José María Fernández, del grupo de bachilleres que salían del Colegio; y don Rafael Hernández, don Andrés Boza Cano y don Francisco Quesada, del grupo de bachilleres que debían hacer todavía un curso especial para normalistas.

Los graduados de 1905 invitaron a don Elías a un almuerzo, pero se excusó, manifestando que antes se había negado a tomar parte en otros actos recordatorios del cincuentenario del Liceo. Entonces ellos se reunieron en el Parque Morazán, fueron en grupo a la gran asamblea de ese día en el Liceo y luégo vinieron a almorzar a la Pensión Italiana. Terminado el almuerzo, en que campeó el mejor humor, reviviendo las escenas pintorescas de la vida de estudiantes, dispusieron ir a buscar a don Elías para tomar una fotografía en el Teatro Nacio-

nal. Don Elías los acompañó. Gómez Miralles fue el fotógrafo.

Pero entonces comenzó la escena de carácter griego. Los invitantes comenzaron a relatar sus aventuras del V año y a cada uno daba don Elías su comentario. No faltó uno que imitara al antiguo profesor dando su lección, repitiendo sus gestos, imitando sus palabras. Después de treinta y dos años, recordaba hasta los menores detalles.

Los bachilleres de 1905 nos dicen: no podíamos olvidarnos del director que nos guió en el último año de segunda enseñanza. Realmente fue un gran profesor, más aún, un amigo. Cuando él llegó al Liceo, pensámos que íbamos a tener dificultades. Pasábamos de un régimen a otro muy diferente. Pero no nos dolemos de ello a estas horas. Don Elías no se hizo sentir, sino por su gran bondad. Cuando no entendíamos la lección del profesor regular lo buscábamos para que nos aclarara la duda. Y lo hacía con satisfacción. Solamente se excusaba de darnos clase de Historia porque decía que esa era la ciencia de los tontos\*. Y tánto nos gustaban sus explicaciones, que más de una vez sentímos deseo de

<sup>\*</sup> Esta reminiscencia no me honra, pero es auténtica. En mi afán de simplificar la segunda enseñanza, dándoles a las lenguas vivas y a las matemáticas el mayor y el mejor lugar, se me iban expresiones en que corrían parejas el desacierto y la vehemencia. Tenía yo entonces 36 años de edad.

que faltara un profesor para llamar a don Elías

a reponerlo...

Y se hizo esta última observación al repórter: no olvide que a este grupo de 1905 le tocó captar, como si dijéramos, toda la ciencia, todo el valor de la reforma importada por los profesores venidos de Chile: Roberto Brenes Mesén, Salomón Castro, José Fidel Tristán, Antonio Arroyo, Juan Dávila y Elías Leiva, del primer grupo; Emel Jiménez, Nicolás Montero, Joaquín García Monge y Alberto Rudín, del segundo. Chilenoides completos.

Terminamos con una frase que oímos a don Elías: Este grupo era muy bueno: tánto que hoy todos los sobrevivientes ocupan sitio distinguido. Lo que nunca pude sospechar es que el destino me deparara este gran placer de verlos reunidos al cabo de 32 años. Toda una vida...

Francisco M.ª Núñez

#### La enseñanza de la Historia

En la Tribune de Ginebra de 8 de agosto de 1936 he leído un artículo de J. Marteau que voy a resumir:

1.-Muy mal le ha ido a la Historia en el mundo: atacada por unos, desde Taine y Fustel de Coulanges hasta Paul Valéry, quien ha llegado a decir de la Historia que es «una ciencia funesta e inútil, de la cual puede sacar úno las demostraciones que desee»; ensalzada por otros, «videntes a la manera de Michelet, Ranke, Winogradof, que entre dos toneladas de errores, echan un puñado de verdades relumbrantes». Los historiadores están divididos en dos campos, que ni siquiera se detestan, pues los unos ignoran a los otros: los ensayistas y los especialistas. Los primeros se entretienen en sacar de una nada admirables teorías seudo-filosóficas; los segundos se entretienen en injuriarse entre sí por detalles sin importancia (la autenticidad de una carta de Cavour, por ejemplo). Las sociedades de Historia son probablemente, en nuestros días, los grupos en que se encuentran las gentes más ridículas.

2.—Por otra parte, el tiempo aprieta. Los políticos y los demagogos se han apoderado de la Historia. ¿Cómo arrancarles esta arma? Urge, pues, la reforma de la enseñanza, a fin de que el pueblo aprenda bien las dos lecciones máximas: la de que el Estado está hecho para el individuo

y nó el individuo para el Estado; y la de que los mismos errores han provocado siempre, infaliblemente, las mismas catástrofes.

3.—El fin de la Historia es muy simple: el estudio objetivo del pasado. Pero el historiador completo es la cuadratura del círculo: necesita una cultura enciclopédica y una imparcialidad casi sobrehumana.

e. j. r.

# Diálogos

Con un fin puramente comercial entrámos en la mañana de ayer a la botica de don Elías Jiménez. Una vez despachados, aprovechámos la oportunidad para preguntarle a don Elías su opinión respecto al número de diputados que deben

integrar nuestro Congreso Nacional.

—Este es uno de esos puntos que he tratado ya muchas veces, nos respondió. Desde que comencé a escribir, hace más de cuarenta años, he sostenido que es urgente convocar una Asamblea Constituyente. Pero, mientras no sea reformada la Constitución jurada, hay que respetarla al pie de la letra, sea cual fuere el origen de dicha Constitución y sean cuales fueren sus errores. Sin respeto a la ley no hay orden social.

Lo demás huelga preguntármelo. El individualismo se define en dos palabras: reducir las atribuciones de los poderes públicos y reducir el número de sus funcionarios. La reducción de los funcionarios deberá ser tanto mayor cuanto más alta sea su categoría. El número de soldados de una tropa o el de peones de una cuadrilla, obligados a acatar órdenes pasivamente, será grande a veces; el número de congresistas no debería serlo nunca. Los fisiólogos tienen demostrado el hecho de que, cuando los hombres se juntan, se exalta su emotividad y se inhiben o rebajan los fenómenos de cerebración superior: las emociones se refuerzan, el espíritu crítico se aminora: en una palabra, baja el nivel de la mentalidad de los concurrentes. No existe ejemplo de un descubrimiento realizado por una colectividad. Todos, en cambio, conocemos las alegrías, los horrores, los arrojos, las cobardías de las multitudes. Ante ellas, basta con saber entusiasmar. Cien hombres valientes producen una colectividad valerosa; quinientos seres inteligentes forman una muchedumbre de intelectualidad menos que mediana. ¿Quiere usted una asamblea de tontos? Reúna muchos hombres de talento en una sala. Estas últimas palabras son del doctor Helme. Mas no habría necesidad de los experimentos de los fisiólogos para conocer la producción de las asambleas grandes. Ahí está la historia larga de sus labores caóticas y dispendiosas. Ahí está la inspiración de los poetas diciendo con Maeterlinck: los hombres son como las montañas: jamás se juntan por sus cumbres, siempre por las partes bajas. Ahí está el buen sentido popular de todos los lugares, diciendo con los españoles: CANÓNIGO BUENO,
CABILDO MALO; o con los romanos: SENATORES BONI
VIRI, SENATUS AUTEM MALA BESTIA (los senadores
son buenas personas, pero el Senado es un animal malo).

A mi juicio, el número total de los diputados de Costa Rica debería ser de 11. Y esta cifra podría mantenerse hasta tanto que la población de la República no pase de 10.000.000. Los diputados deberían ser además representantes nacionales, no regionales, electos en la misma forma y con el mismo espíritu aceptados para la elección del Presidente del Poder Ejecutivo.

\* \*

—¿Leyó el Diario de Costa Rica?—preguntámos el viernes en la tarde a don Elías Jiménez; y agregámos: trae un editorial en que se hace mención de Ud. y un jugoso artículo de Mario Sancho.

—No los he leído. No pude comprar el Diario. En esta calle no es fácil adquirir un periódico de manos de sus vendedores. Pasan gritando: ¡El Diario! ¡La Tribuna! Los oye úno y corre a la puerta... y mucho es si logra divisarlos allá a lo lejos, por donde van huyendo de los compradores, siempre gritando: ¡El Diario! ¡La Tribuna!

Aquí se detuvo don Elías. Llamó a uno de sus empleados y le dijo que fuera a conseguirle el periódico. Volando se lo trajo el empleado y volando lo leyó don Elías. Nunca habría creído yo que leyera con semejante rapidez.

—Bueno—dijo después—: a Mario lo leo con gusto. Pero gusto no significa entera conformidad.

—¡Era de adivinarse!

—Quien le pide al gobierno político que se meta en todo, no debe después sorprenderse del desastre... Dígame usted: ¿Por qué hemos de tener teatros nacionales?

-Yo no digo nada.

-Pues entonces, pasemos a lo del editorial. Comienzo por declararle que es para mí un honor ir del brazo del doctor Clorito Picado, pero que su caso es muy diverso del mío. Llamar a Clorito piedra en el camino sería imperdonable dislate: desde el comienzo de su carrera ha probadocomo se prueban las cosas en el campo de las ciencias positivas-, ha demostrado, digo, que es un creador. Relativamente joven, es ya un hombre ilustre. Su labor no es una labor política: es una labor indiscutible. Y cuando ha ganado úno títulos del orden de los ganados por Clorito, es merecedor de las más altas consideraciones. Sería ridículo despreciar sus opiniones por el hecho de que a nosotros, los profanos, nos parezcan salirse del campo de su especialidad científica. Sólo a un necio se le ocurre pretender deslindar la actividad mental de un sabio o de un artista.

Mi caso, repito, es muy distinto. Voy a hablar

de mí. Cierre Ud. sus oídos y no le acontezca otra vez poner a un viejo a hablar de sí mismo.

Mi enciclopedismo o diseminación mental, evidente desde niño, hacían prever que yo no sería un músico, ni un pintor, ni un astrónomo, ni un químico: que no sería un especialista en nada: que, en el mejor de los casos, sería un crítico. ¿Poca cosa? ¡No tan poca! Un crítico puede ser muchas cosas: filósofo, profesor, periodista, comerciante, diputado y hasta magnífico presidente.

Lo de piedra en el camino no es deshonor para el crítico. A él le toca atajar... y a otros

rodar por el atajo.

Lo malo será que yo no haya hecho bien mi oficio de crítico... Mas, en compensación, he hecho otro oficio, escogido en las zonas inferiores, y he procurado saberlo bien, y he colaborado por consiguiente en el progreso del país. Puede Ud. pensar lo que guste del Kaiser Guillermo como Kaiser, pero no debe negar su excelencia como encuadernador. Puede Ud. pensar lo que guste del Dante poeta, pero tiene que inclinarse forzosamente ante el joven inscrito en la categoría de los boticarios en la República de Florencia.

¿Habéis pensado alguna vez—preguntaba Benjamín Taborga—en lo que sería un pueblo donde todos los hombres supieran bien su oficio? Y luégo se henchía de pesimismo descubriendo a su derredor «al industrial que no está al corriente de la técnica de su industria, al escritor sin humanidades, al ministro de hacienda que ignora la economía política, al profesor de literatura que no sabe griego ni latín, al diputado que va a la Cámara sin sana preocupación ni estudio profundo de las necesidades del país, y a los infinitos otros que tampoco saben su oficio aunque están en potencia de ejercerlo con grave daño de los demás».

lera, ise el roua un \*\* ca le principal es el ele-

Entro a la oficina de don Elías Jiménez con la esperanza de oír su opinión acerca de la cuestión del pan y le pregunto: ¿Ha leído los periódicos de la semana?

—No he tenido lugar—me responde con viveza, sonando bien sus palabras; y añade al punto:
—¡Ah! me olvidaba de que Ud. es representante de don Mariano de Cavia... Quiero decirle: no he tenido tiempo.

—Don Elías—le respondo—, le aseguro que estoy convencido ahora de que la palabra lugar da la idea de espacio y de tiempo. Dejémonos hoy de palabras.

—¿Cómo hoy? Si hoy ha reproducido usted otro error de nuestro admirado crítico. Dice él que la locución TOUR DE FORCE se traduce al castellano mondo y lirondo con una sola palabra, exacta y armónica: ESFUERZO O SOBRE-ESFUERZO. Y esto es falso. Tour significa: torno, torre, vuelta. De estos tres significados derivan muchos otros,

fáciles de comprender. Por ejemplo, si digo en francés que hice algo en un tour de main, lo que deseo expresar es que lo hice en un periquete, en un decir Jesús, en tan poco tiempo como el que se necesita para volver la mano.

Un tour de force no es nunca un effort, un simple esfuerzo. El tour de force denota, más que esfuerzo, valor, habilidad, maña, sutileza. En el tour de force lo principal es el elemento mental. Desafío al señor Cavia a que traduzca dicha locución con una sola palabra.

\* \*

¿De dónde ha sacado el señor Monlau la regla de que la palabra griega filo tiene un sentido activo cuando va antepuesta a otra y un sentido pasivo cuando va pospuesta? ¿Por qué no nos dijo qué sentido tiene cuando va en medio de dos, como en teo-fil-antropía?

Filo, en griego, tiene siempre un sentido activo: amante, que ama. Y lo mismo en italiano, en francés, en rumano, en alemán, en inglés, en todas las lenguas en que exista esa raíz griega. ¿Habría de ser de otro modo en español? No, señores, las cosas no cambian con sólo pasar los Pirineos. Bibliófilo es el aficionado a los libros, en toda tierra de razón. Teófilo y Filoteo son términos iguales; quien disparató fue el que compuso esta segunda palabra, de mal gusto, antiprosódica. Teofilántropo es quien ama a Dios y

a los hombres, aunque no lo quiera así la Academia Española, por ojeriza a la Revolución Francesa. Fue, en efecto, durante el Directorio, en 1796, cuando se intentó sustituir el catolicismo romano con la teofilantropía. Francófilo, germanófilo, etc., no significan «amado por los franceses», «amado por los alemanes», etc., sino exactamente lo otro: que ama a los franceses, etc.

Democracia significa: gobierno del pueblo, gobierno de la mayoría. Es un concepto que se opone al de aristocracia: gobierno de los mejores, gobierno de los escogidos. Nada hay en la palabra democracia que indique libertad o sencillez. Esto es cosa sabida, pero de la que no se hace caso. Ni la democracia pura ni la aristocracia pura han existido jamás en parte alguna. No hay gobierno que no sea a la vez gobierno de la cantidad (el pueblo, el mayor número) y gobierno de la calidad (el talento, el coraje, la virtud).



Neutral significa: que no es ni de uno ni de otro; que permanece sin inclinarse a ninguna de las partes que contienden. La indecisión por miedo no es neutralidad; ni lo es la indecisión por nulidad o incapacidad de conocimiento de lo uno y de lo otro.

### Dictamen rendido por la Gran Comisión de Acción Social de la Gran Logia de México

relacionado con la ayuda moral que solicita de todos los Cuerpos Masónicos la Gran Logia Española, con motivo de la Guerra Civil que se está desarrollando en España

La Muy Respetable Gr. Log. Española en pl. circular de fecha 4 de agosto de este año, solicita de todos los cuerpos masónicos ayuda moral con motivo de la Guerra Civil que en España se ha desencadenado.

A este respecto la Gr. Comisión de Acción Social de este Alto Cuerpo rinde el siguiente dictamen:

«Acusamos recibo de vuestra pl. 16,399, del 8 del actual, agregada a la cual habéis remitido, con carácter devolutivo, la pl. que la Muy Resp. Gr. Log. Es-PAÑOLA giró en 4 de agosto último, y en la cual llama la atención sobre los dolorosos acontecimientos que están desarrollándose en la Península Ibérica, y pide a nuestra Muy Resp. Gr. Log. que por los medios a su alcance-Prensa y Gobierno-procure combatir con tesón todas las infamias que hagan circular los enemigos del Gobierno Español presidido por el H. Manuel Azaña, enemigos que la Muy Resp. Gr. Log. ESPAÑOLA considera como suyos; agregando: «Nuestra causa es la vuestra: es la de la Libertad, y nuestros Hh. al derramar su sangre saben que prestan un servicio a su Patria y a la Humanidad». «Vuestra ayuda moral nos es necesaria, y sabemos que no nos la regatearéis. El dictamen que nos pedis acerca de esa pl. es el siguiente: Toda posible ayuda moral, y aun material, debe impartirse a nuestros Hh., y no tan sólo a los de grupo determinado, sino a todos sin distinción. En cuanto a las infamias, mentiras y calumnias, todo Mas. y aun simplemente

todo hombre honrado, debe combatirlas, procedan del bando que procedan. Pero la Mas., como Institución. no debe oficialmente sumarse a bando político alguno, y menos todavía cuando pugnan bandos en que unos Mmas. luchan contra otros Mmas. Toca a cada Mas., INDIVIDUALMENTE, optar por combatir o por defender o por ayudar a bando determinado, o al bando contrario, o a ambos, o a ninguno. Notemos que ningún Cuerpo Masónico, ninguna Gr. Log., ni aun Supremo Consejo alguno tiene el derecho de hablar en nombre de la Masoneria; porque en nuestra orden NO HAY MÁS ACUERDO QUE SOBRE DOS PUNTOS: LA LIBERTAD DE EXAMEN (que es un método) y LA CONFRATERNIDAD UNIVERSAL (que es una aspiración). Esa Gr. Maest. no puede, pues, con carácter de Gr. Maest., proceder como lo pide la Muy Resp. Gr. Log. ESPAÑOLA. Estimamos que la ayuda moral que se nos pide no consiste, en el caso actual, en declararse en favor de uno u otro bando, sino en combatir la IGNORANCIA, de la cual ambos bandos son víctimas. Varias veces, y des-de hace mucho tiempo, la Mas. ha condenado el fascismo, el nazismo; pero ello no quiere decir que considere exentos de errores a aquellos que han venido combatiendo esas tiranías. La lucha fratricida que actualmente desgarra a España ya no es una cuestión política local; es social y mundial: tarde o temprano el mismo furor va a extenderse al mundo entero y a provocar una anarquía continuamente creciente. Este es el hecho. Pero no basta describir el mal; es preciso determinar su causa y buscar el remedio. Hace ya más de ochenta años que uno de nuestros Hh. demostró que la causa de estas oscilaciones entre despotismos más y más opresores y anarquías más y más horrorosas, es: LA IGNORANCIA RESPECTO AL VERDA-DERO DERECHO, el de LA RAZÓN, y RESPECTO A SU SANCIÓN INELUDIBLE. Recordemos que ya Sócrates

decia: «LA IGNORANCIA, RAÍZ Y TALLO DE TODOS LOS MALES, PRODUCE LOS FRUTOS MÁS AMARGOS». Para que tal ignorancia sea causa del mal social, es preciso que exista simultáneamente con la irrepresibilidad del Examen. Si hubo una época en que fue posible reprimir el Examen, no sucede lo mismo ahora, debido a la indestructibilidad de la Prensa. Además, la Mas, es y siempre ha sido el Campeón del Libre Examen; siempre ha combatido con tesón todos los errores, todos los dogmas, todas las tiranías, no aceptando sino aquello que sea demostrado conforme a la Razón, La Muy Resp. Gr. Log. ESPAÑOLA dice en su pl.: «Este gran esfuerzo de defensa del Gobierno y de las libertades e independencia patria lo realizan todas las organizaciones políticas: Moderados (Unión Republicana, Partido Federal); de Centro Izquierda Republicana (Izquierda de Cataluña); y partidos de Izquierda (Socialista, Comunista y Sindicalista). También figuran grupos de marcada tendencia derechista como los núcleos nacionalistas de las Provincias Vascongadas». El Gobierno Español no representa, pues, una verdadera unión. Tiene agrupados en su torno partidos con ideología muy variada; un conglomerado heterogéneo en el que no puede haber sino una cohesión pasajera, un acuerdo temporal, una armonía efímera. Tarde o temprano esos partidos chocarán entre si. Y en la enumeración hecha por la Muy Resp. Gr. Log. ESPAÑOLA no se menciona a los anarquistas. Repetiremos que entre los que combaten al Gobierno Español, así como entre los que lo defienden, hay Hh. Mas., y debemos suponer que todos nuestros Hh. SON DE BUENA FE. Hagamos notar también que hombres como Lerroux y Miguel de Unamuno, que no pueden ser tildados de reaccionarios, han abandonado el bando de Manuel Azaña, Mientras la demostración lógicamente indiscutible de la realidad del Derecho y de su sanción ineludible, ultravital,

no sea reconocida, aceptada y entronizada, la Huma-nidad se hundirá más y más en la arena movediza del desorden, oscilando cada vez más aceleradamente entre despotismos más y más crueles, y anarquías más y más atroces. A priori, no podemos declarar que todas las noticias procedentes del Gobierno de Madrid sean veraces, exactas, conformes con la realidad de los hechos, y que todas las que proceden del lado opuesto sean falsas o mentirosas. En las contiendas políticas el juicio es falseado, obnubilado por los prejuicios, por las pasiones, y CON LA MEJOR BUENA FE se observan mal los hechos y se les interpreta todavía peor. El frío criterio de la Razón cede el sitio a la ceguedad pasional. No olvidemos que la suprema necesidad de toda sociedad, grande o pequeña, es el Orden. El fascismo, como todas las dictaduras, no es otra cosa que la reacción contra los desórdenes engendrados por el justo descontento de los oprimidos, manifestado en las aspiraciones socialistas, que no habiendo podido formular una demostración lógicamente indiscutible del verdadero Derecho, el de la Razón, se han forzosamente dividido en grupos más o menos diferentes, con ideas más o menos diversas, y a una dictadura, a una tiranía, no han podido sino oponer otra tiranía, otra dictadura. Esto explica por qué tanto Moscú, como Roma, como Berlín, consideran enemiga suya a la Masonería. Y en efecto lo es; en cuanto representa EL DERECHO DE LA RAZÓN en oposición al Derecho de LA FUERZA. Es utópico querer ahogar por la fuerza las aspiraciones socialistas. Para combatir eficazmente ese error es preciso dirigirse a la parte más intima, profunda, de cada individuo, a su parte moral. Demostrar y hacer aceptar por cada uno y por todos los hombres que no estén cegados por los prejuicios, ni por los fanatismos, ni por el misticismo, que hay una ley de eterna justicia a la cual ni la fuerza ni la as-

tucia pueden sustraernos; que cada quien es el forjador de su propio destino; que lo que hoy sufrimos o gozamos, lo hemos sembrado ayer, como cosecharemos mañana lo que sembremos hoy; que el verdadero interés de cada quien es sacrificarse en bien de sus semejantes, sometiendo las pasiones y los sentimientos a los dictados de LA RAZÓN, organizando la sociedad de manera que ya no hava pobres, sino más o menos ricos, tanto desde el punto de vista moral e intelectual como desde el punto de vista material; una sociedad en la cual cada quien sepa que su dicha consiste en buscar cómo hacer felices a los demás. Reproducimos algunos pasajes del artículo Problemas profanos y Francmasoneria, publicado en la revista «Símbolo» del mes de julio próximo pasado: «El fracaso de la organización social actual es una perogrullada sobre la que no es necesario extenderse...» «La explotación cada vez más dura, y, sobre todo, más hipócrita, del hombre por el hombre, horrorosa forma materializada del odio al prójimo, coloca a la Fraternidad en el dominio de un ideal abstracto; la Libertad ha llegado a ser el desarrollo sin freno del Egoismo», «Una revolución no entraña necesariamente un progreso social. Es que no basta concebirla en principio; su dirección escapa fácilmente a sus teóricos; es dificil darse cuenta exacta de la psicología de las muchedumbres, de la poca educación y comprensión de las masas populares... De hecho, el primer objetivo que hay que alcanzar, antes del principio de la acción propiamente dicha, siempre ha parecido sercon razón-la PREPARACIÓN DE LA MENTALIDAD de las muchedumbres. ¡Y esto puede necesitar un cierto tiempo!... A este respecto las agrupaciones profanas que estudian las posibilidades de organización del mundo de mañana, economizarán, ciertamente, muchos tanteos en los ajustes necesarios, y no podemos sino

alentarlas INDIVIDUALMENTE según nuestras tendencias particulares, impregnando sus trabajos con nuestro ideal de la Confraternidad Humana. «Pero no son nuestras preferencias las que mandan; en ciertas épocas el encadenamiento implacable de los acontecimientos no permite ya que se detenga su desarrollo; es preciso sufrir el efecto de la madurez de las causas!..» «Como organización, la Francmasonería no actúa directamente sobre el plan profano. Su papel es preparar el terreno donde florecerán la Justicia y la Paz: es decir, actuar en el plano intelectual; su arma es la espada de la inteligencia. Sabe que el único medio de producir, aun socialmente, un cambio profundo y durable de un medio, es el de modificar su mentalidad; y querer empezar por las consecuencias es un método ilógico, digno de una imaginación impaciente y de una comprensión completamente profana», «Actitud espectativa, dirán algunos. En realidad, acción continua hacia su propio fin. «La Francmasonería enseña el valor eterno de los principios de cultura humana e individual, independientemente de los lugares y de las épocas... El H. PEDRO L. BERSETCHE. 33, en la Revista Masónica Internacional «ACACIA», publicada en Montevideo, Uruguay, en el número de mayo de este año, dice: «Equidistante-la Orden Masónica-, tanto del Fascismo como del Comunismo. ella no puede, por el fundamento de su doctrina, por la contextura ideológica de que está formada y que le ha valido su perennidad a través de los siglos, dar lugar en su seno al Comunismo ni al Fascismo». «La Orden Masónica-en especial la Europea y la Americana-con la que nuestra Potencia mantiene, como única institución regular en el país, la más sólida fraternidad y correspondencia, ha hecho ya declaraciones expresas respecto a ambas tendencias políticas e ideológicas que se ciernen, fatalmente, sobre el devenir de los pueblos». Escuchemos otra voz. La revista «AMÉRICA», publicada en Mérida, Yuc., en su número de enero de este año, en un artículo titulado América, refugio de la Masonería, firmado únicamente: «Nueva York, Nov. de 1935», dice: «En este torbellino inmenso en que se agita el mundo, vemos cómo los pueblos, en su falso afán de evolución, se dejan arrastrar por doctrinas y partidos o entidades político-societarias, generalmente asistidos por una ideología capciosa y encabezados por advenedizos y aventureros con suerte... que determinan el desbordamiento de un mar de pasiones...» «En esta hora inmisericorde para la Humanidad, la Masonería, la Institución Humanitaria por excelencia, se ve más y más cada día confinada a estrechos reductos y a obscuras troneras, aun por aquellas naciones de Europa cuyas libertades se incubaron en los cenáculos fraternales. Rusia la mira de soslavo y apenas la soporta, Alemania la aherroja, Italia la amordaza, Turquía la proscribe, y hasta España la persigue... ¿Qué puede esperar la Institución de la Confraternidad Universal de un continente que se contorsiona en espasmos epilépticos, presa de una alta fiebre de paranoia xenofóbica?» Hé aquí una voz de la América Central, de Managua, Nicaragua: «Decía recientemente GASTÓN MORA en uno de sus admirables artículos sobre cuestiones sociales, que estamos en un período de transición, de renovación; que se contempla el espectáculo extraordinario de la revisión de todos los valores. Y en una sintesis que parece comprender cuanto existe, afirmaba con absoluta veracidad: que se hallan actualmente en tela de juicio LIBERALISMO, DEMOCRACIA, DICTADURA, SUFRAGIO UNIVERSAL, SUFRAGIO CORPO-RATIVO, PARLAMENTARISMO, RÉGIMEN REPRESENTA-TIVO, LIBRE CAMBIO, PROTECCIONISMO, PATRÓN DE ORO, RECIPROCIDAD COMERCIAL, REPRESALIA MER-

CANTIL, INTERESES DEL DINERO, DERECHO DE GEN-TES, DERECHO CIVIL, ECONOMÍA POLÍTICA CLÁSICA. INDIVIDUALISMO, SINDICALISMO PROFESIONAL Y OBRE-RO, EXPANSIÓN COLONIAL DE LA CIVILIZACIÓN. ME-DIATIZACIÓN DE LOS PAÍSES INCAPACES. (Entendemos que MEDIATIZACIÓN significa tutoreo). «Las religiones quedaban fuéra de esa extensa enumeración, pero el Doctor Mora salva la omisión copiando esto de una revista: «Se ha cumplido el vaticinio que hizo Renán a mediados del pasado siglo XIX. Las religiones positivas parecen anquilosadas; ninguna avanza sobre las otras; todas se encuentran localizadas en lo que pudiéramos llamar sus respectivas zonas históricas». «Cierto también, y acaso sea esto lo que trae la quiebra de todo lo demás, porque lo que verdaderamente está en quiebra en el mundo es la Espiritualidad. La misión de las religiones es derramar espiritualidad en el mundo; buscar el Reino de Dios y su Justicia; procurar el amor entre todos los hombres y enseñarles que sólo lo que sembramos es lo que podemos recoger; si trigo, pan; si cardo, espina». Escuchemos lo que dice otro de nuestros Hh. en un artículo titulado Los factores económicos y políticos en sus influencias sobre el estado social de nuestra época, publicado en la Revista Masónica «FRATERNIDAD», número correspondiente a julio de 1929. Aunque este artículo no está firmado, podemos asegurar que procede de un H.; de esto es garante la Dirección de la Revista: «Necio sería admitir como una verdad inconcusa que, tanto el sufrimiento que hoy aqueja a todas las clases sociales, como el perpetuo estado de lucha y anarquía que reina en todos los órdenes de la vida, son debidos única y exclusivamente a un defecto de la organización social desde el punto de vista concreto de las necesidades materiales o de los elementos económicos. Creer que el problema económico es el que determina y con-

diciona la llamada Cuestión Social de nuestros días, es cosa que ha podido satisfacer las pequeñas exigencias mentales de un Carlos Marx, un Engels, un Lafargue, y de esas masas obreras sumidas en la abyección moral más completa, o en la más absoluta ignorancia». Esta Gr. Com. debe hacer notar que actualmente SON LAS CLASES ALTAS las que están sumidas en la mayor abyección moral, y no las clases obreras. Si hemos dado estos extensos extractos, es con el fin de que nuestros Hh. puedan darse cuenta de que hay varias opiniones entre los Mmas. mismos, y puedan decidirse a reflexionar, a meditar seriamente acerca de esta cuestión. No olvidemos que los hechos son nada por sí mismos; lo que vale es la idea que de ellos se infiere, y por esto hay que discernir, y discernir es dis-tinguir entre lo aparente y lo real, y en lo real dis-tinguir lo real fenomenal de lo real verdadero. Esto es asunto de la Lógica, de la Dialéctica, o sea el razonamiento metódico y justo. Os saludamos con los altos honores que os corresponden.-Presidente, Victor Lafosse.—Secretario, S. Cabello.—Vocal, Ph. de Kanter. Firmados.

a change come of perpectal excellente backs y carried

The received on the four elements accorden been a sold received

(De Símbolo, México).

### Variedades

Seiscientos ciudadanos que individualmente son buenos, prudentes y bien intencionados, constituyen, cuando están reunidos, un rebaño que puede descarriarse en forma desconcertante. Nada más natural y frecuente que este fenómeno de psicología de las multitudes, señalado con energía por R. Poincaré al ponerse de nuevo al frente del gabinete francés, en 1926.

Calderón, de igual suerte que Lope, no obtuvo en su tiempo más que alabanzas, ni hay ejemplo de popularidad igual a la suya, como no sea la del Fénix de los Ingenios. Calderón vino a ser el poeta nacional por excelencia: lauro honrosísimo, aunque se compre a costa de un poco de personalidad. El hacerse poeta popular cuando ya se ha fijado la Lengua, y cuando la literatura de un pueblo ha llegado al punto culminante de su desarrollo, sólo suele alcanzarse por medio de la dramática: y como en el mundo andan siempre revueltos los bienes con los males, trae consigo -por lo general-a la vez que cierta abdicación del sentir y del pensar propios, una triste sujeción a las formas convencionales y a los gustos del público, lo cual, si hace al poeta personaje semisagrado entre los de su tiempo y raza, suele perjudicarle para lo futuro, sobre todo en el concepto de los extraños, quitándole esa universalidad que da vida y juventud perenne a Shakespeare y a Cervantes, por ejemplo. Algo de esa fatalidad pesa sobre Calderón, pero no del todo, puesto que de él se admiran por la crítica de todos los países las concepciones y los asuntos—indicio seguro de vigorosísimo entendimiento—aunque logre menos aplauso la ejecución, que así en los aciertos como en los lunares, es muy española y muy del siglo xvii, ya decadente.

### MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

\*

Adolescente, joven, viejo, siempre que haya un hueco en tu vida, llénalo de amor.

En cuanto sepas que tienes delante de ti un tiempo baldío, vé a buscar el amor.

No pienses: «sufriré».

No pienses: «me engañarán».

No pienses: «dudaré».

Vé, simplemente, diáfanamente, regocijadamente, en busca del amor.

¿Qué índole de amor? No importa: todo amor está lleno de excelencia y de nobleza.

Ama como puedas, áma a quien puedas, áma todo lo que puedas....; pero áma siempre.

No te preocupes de la finalidad de tu amor.

El lleva en sí mismo su finalidad.

No te juzgues incompleto porque no respondan

a tus ternuras; el amor lleva en sí su propia plenitud.

Siempre que haya un hueco en tu vida, llénalo de amor.

AMADO NERVO

\*

Hace 57 años, había en Costa Rica 523 alumnos en los colegios de segunda enseñanza:

187 en el Instituto Nacional, en San José.

72 en el Seminario

65 en el Colegio Central » »

117 en el Colegio de los Jesuitas, en Cartago.

48 en el Colegio Municipal, en Alajuela.

34 en el Colegio de San Agustín, en Heredia.

\*

El buen juicio es lo que está mejor repartido en el mundo, pues cada cual piensa que tiene tan buena provisión de él, que aun los más descontentos respecto a cualquier otro asunto, no desean más del que tienen.

DESCARTES

\*

La independencia moral del linaje humano es a la larga indestructible. Jamás se ha logrado imponer dictatorialmente a todo el mundo una sola religión o una misma filosofía. Jamás se logrará esto, porque el genio, el espíritu, siempre sabrá defenderse contra todo servilismo: jamás se dejará aplanar, apocar y uniformar. ¡Cuán inútil es, pues, toda tendencia a encontrar un común denominador para la divina multiplicidad de la existencia!

STEFAN ZWEIG

Para mí, el bien individual consiste en la posesión plena y completa de las facultades imperecederas del espíritu. Aquel que es más perfecto, ese es más feliz; y su felicidad está a cubierto de contingencias y catástrofes.

El hombre es una entidad cuya consciencia no puede amalgamarse a otra. Sus reacciones son personales, y sin medida común con las consciencias vecinas. ¿Queréis hacer de él una de las ruedas de una máquina colectiva, un autómata, limitar su ensueño e imponerle un ideal? Pues bien, cambiad su alma. Si no, construiréis sobre arena.

El colectivismo actual no sólo hace abstracción de la esencia humana, sino que quiere constreñirla bajo un metro uniforme de mediocridad. So color de amar la vida y de asegurarla a todos, la empequeñece.

Se nos ofrece el nicho del perro de La Fontaine, con una cadena y un collar, en cambio de la pitanza cuotidiana y de un lugarcito bajo el

sol.

JACOBO JAÉN (Citado de memoria).

Pluralidad ficticia.—El caballero que se firma Principiante me dirige una carta de la cual recorto:

«Le agradecería mucho, pues, me dijera si esa pluralidad ficticia es obligatoria en los escritores públicos y si se falta a alguna regla cuando no se usa. Es que me suena mal leer que un solo escritor se dice a sí mismo nosotros».

Esa pluralidad ficticia no es obligatoria sino en artículos que van sin firma, señor Principiante.

En mi concepto, si un artículo va firmado, no debe usarse la pluralidad. Suena muy mal eso de decir, por ejemplo: «Nosotros pensamos que el Gobierno está descaminado», y luégo al pie la humilde firma de Juan Gil, como si ese Juan Gil se creyera un plural de cuarenta caballos de fuerza.

Hay la creencia muy general de que quien escribe para el público debe pluralizarse, y no veo el motivo para tal plural, a menos, repito, que el artículo vaya sin firma y esté en columnas editoriales, porque entonces se supone que el editorialista habla en nombre de un grupo.

Algunos creen que al escribir yo opino, yo creo, se da indicio de yoismo, y no es así: más humilde es pensar que úno es uno, un número, un pobre, un nadie, que dar a entender con ese plural que ese uno cree valer por muchos, cuando dice nosotros.

\*

La persona obesa vive siempre menos que la normal o la delgada. Dublin dice: «El castigo que la Naturaleza impone al peso excesivo es un aumento—hasta el 75 %—en la proporción de la mortalidad». Harrop propone, para corregir la obesidad, una dieta compuesta únicamente de bananos y leche desnatada. Esta dieta es muy alimenticia, casi no contiene grasa y no peca por salada.

La felicidad no nos viene de afuera. Esa indefinible sensación de bienestar, esa placidez de
la persona que llamamos dichosa, nace de la salud; en términos más precisos, de la salud mental. Es feliz quien disfruta cabalmente de sus facultades superiores. Cuando uno de los héroes de
Tolstoi, el príncipe Nekludow, exclama, ante la
serenidad de la noche estrellada que lo embriaga:
«¡Dios mío, qué bello tiempo hace!», Tolstoi
agrega, admirablemente: «Pero era en su corazón
donde hacía buen tiempo...»

Ha procedido, pues, muy bien la ciudad de Nancy al erigirle un monumento a Coué—«papá Coué»—, el apóstol del optimismo. Muchísimos de nuestros males son puramente imaginarios y podemos corregirlos mediante un esfuerzo fácil. El rosario de Coué: «Estoy bien, estoy muy bien; estoy cada vez mejor», hace verdaderos milagros. Para estar alentado, hay que comenzar por creerse

alentado.

\*beag on our eb consist

Todos los instrumentos modernos de propaganda, el cine, la radio, con su enorme poder de difusión, se hallan hoy más o menos al servicio de este portentoso y nauseabundo esfuerzo de supresión de la individualidad y la libertad en beneficio de la colectividad y la autoridad.

Pero nunca, en realidad, ha sido vencido el espíritu. Y a veces, cuando son más nefastos los signos, es porque está próxima la hora de las liberaciones. El individualismo tiene que retornar porque no comete suicidio un pueblo entero ni se condenan a sí mismas todas las generaciones.

José Vasconcelos

Toda protección es un preciso estímulo para la ruina. Un industrial, si la protección lo garantiza contra la invasión de mercancías extranjeras, no será loco para renovar sus máquinas, perfeccionar sus métodos e intensificar su producción.

La protección es una prima a la dejadez. Es un estimulante de la pereza; un socorro a la incuria. La protección favorece a un ciudadano para perjudicar a diez mil.

CARLOS RICHET

En el Journal de Genéve de 22 de setiembre, encuentro esta gacetilla:

Todas las desgracias del hombre, dijo Pascal,

vienen de que no puede quedarse en su cuarto. Eso sería cierto hace trescientos años. Hoy, por más que úno quiera permanecer en la casa, tiene que echarse a la calle, mejor si está lloviendo, para gozar de la soledad que conviene al recogimiento.

Con el teléfono y la radio, nadie está en su casa: son los demás quienes están en ella. Por esta razón trasmito aquí la siguiente buena noticia llegada de Inglaterra. En el Congreso del Royal Sanitary Institute, en Birmingham, un arquitecto, M. S. Pointon Taylor, ha propuesto que, en adelante, en toda construcción nueva, sea previsto un nicho en que pueda guarecerse el jefe de familia y librarse de los ruidos, del alboroto de la progenitura y de las interminables discusiones de la esposa. Contemplando a distancia y desde arriba las agitaciones y el tumulto, no se bajará el papá, sino cuando, habiendo gozado de la paz en su corazón, se sienta capaz de hacerla reinar por el ejemplo en el seno de su familia.

\*

Siempre he dicho que no hay mal que no provoque una reacción saludable. Durante un cierto tiempo, más o menos largo, quedamos vacunados contra el mismo mal. Este hecho se observa también respecto a las guerras. La mentalidad de postguerra es siempre opuesta a la guerra. Los desafíos o retos a combate entre los individuos

han casi desaparecido en estos últimos años. Las estadísticas de algunos países de Europa dan cero para el número de los duelos. Ataques por la prensa, injurias, ofensas que antes de 1914 habrían parado en desafío a muerte, se arreglan o no se arreglan, pero no se llega hasta el duelo. Y lo mismo pasa entre las naciones. Alemania y Rusia se detestan, pero ni el pueblo alemán ni el pueblo ruso quieren la guerra. El horizonte está despejadísimo por ahora. No hay ninguna probabilidad de gran guerra en el mundo. Después de todo, el cerebro humano sóm es la

parte mis grande de la médula espiral cues Todos sabemos que Inglaterra ha tenido un historial glorioso. Ha tenido habilidad para hacer bien las cosas de un modo y llamarlas de otro; como hoy, por ejemplo, que llama monarquía a su democracia. Por esta razón es difícil apreciar en lo que vale la grandeza de esta nación que ha sido mal comprendida. Y es un chino el que viene a explicar propiamente el carácter racial del pueblo inglés, al que se acusa de hipocresía, de volubilidad, de turbios procederes y de una notoria falta de lógica. La acusación de hipocresía es injusta y deriva de la falta de comprensión del carácter inglés, y de la falsa idea de la verdadera función del pensamiento. Hay algo peligroso en lo que llamamos el pensamiento abstracto y que consideramos como el más perfecto fruto de la mente humana, para es-

timarlo en más que el sentido común. Sin embargo, la tarea primordial de las naciones, como la de los animales, consiste en saber vivir; y mientras tal cosa no se consiga, mientras el individuo no se ajuste a las circunstancias cuando éstas varían, todo nuestro raciocinio es fútil y constituye una perversión de las funciones normales del cerebro humano. Lord Balfour ha dicho cuerdamente: «El cerebro humano es un órgano que nos sirve tanto para buscar nuestra subsistencia, como le sirve el hocico al puerco». Después de todo, el cerebro humano sólo es la parte más grande de la médula espinal, cuya función primordial es percibir los peligros y preservar la vida. La manera de pensar que nos ayuda a obtener la subsistencia y a llenar las necesidades de la vida, constituye una elevación, no una degradación del pensamiento. A esta manera de pensar se le llama, generalmente, sentido común. Y la gran analogía entre los pueblos inglés y chino es que ambos rinden culto al sen-TIDO COMÚN por encima de todo.

Lin Yutang

San José, Costa Rica - Apartado 230

# APUNTES

Tomo IV

- 33 -

30 DE NOVIEMBRE DE 1937

# Alfonso Jiménez Rojas

Enamorado del Arte y de la Maturaleza

El sol y las flores, el paisaje abierto, la amplitud del cielo matinal, la fuente desgajando su ancha risa transparente, lo vieron marchando por su rumbo incierto

apenas la aurora irizaba el oriente. Los niños, los frutos del humano huerto, fueron los amores de este hombre que ha muerto dejando la Dida silenciosamente...

Cultivó los dones del entendimiento con las fuerzas vivas de su pensamiento y el riego fecundo de su corazón;

y al tomar la senda del viaje remoto, perdió la Belleza su mejor devoto y perdió la Patria su mejor varón.

José María Zeledón

(La Tribuna, 2 de noviembre de 1937).

### Ser dos...

Propter hoc dimittet homo patrem et matrem, et adherebit uxori suæ, et erunt duo in carne una.

San Mateo

No existe, amiga mía, dicha alguna ni bendición de Dios, que pueda compararse a la fortuna sencilla de ser dos.

Ser dos, y para siempre, y de continuo, en la lucha, en el goce, en el afán, bajo el sol y la lluvia del camino, y bajo el huracán.

En risueña estación, en el verano de la vida ser dos, y a la vejez llegar sin que la mano de la mano se desprenda una vez.

Ser dos como esos astros que en el cielo, giran uno del otro en derredor, y rasgan de la noche el denso velo con su doble esplendor.

Ser dos... Obra maestra de armonía, divino nudo ciego que echa Dios! Ser dos hasta la muerte, amada mía, y más allá, ser dos.

Víctor E. Caro

### DE Tomás Soley Güell

Sentado a su mesa de trabajo está don Tomás Soley Güell, cuando nosotros llegamos a interrumpir un momento su labor para pedirle un reportaje. Siempre proponemos un tema económico. Y don Tomás, con toda su inteligencia y buen juicio, nos dice: -Ya no queda nada por decir a este respecto. Cuando se creyó oportuno intervenir en la formación de criterio, lo hice con mucho gusto, pero veo que nada nos aparta de los mismos sistemas de dirigir la economía. No vale de nada la experiencia. Y no se quieren convencer los que siguen esos rumbos que lo único que puede levantar un poco la postración nacional, la inquietud económica; lo único que podría hacer un poco más llevadera la crisis, es volver de un modo amplio y definitivo a la libertad. En todos los tonos; en todos los momentos hemos dicho lo mismo. Libertad y nada más que libertad. Me cuenta usted que en algún país en donde se contrató un técnico financiero para enderezar las finanzas, después de estudiar éste en una noche las principales leyes que las regían, dijo: «Lo que hace falta es libertad y honestidad». Yo creo lo mismo. Si hay honestidad, la libertad es el complemento de las buenas finanzas. De otro modo el Estado no acabará nunca de seguir sus mismas sendas de tratar de curar un mal para que allí mismo aparezcan mil. Con

el cambio, con el comercio, con nuestras exportaciones debemos hacer lo mismo: conducirlos a la libertad. Mientras ello no suceda habremos de contemplar cada día una nueva dificultad, un nuevo tropiezo y una nueva barrera que se levanta para impedir el desenvolvimiento de los negocios públicos y de los particulares.

Y una vez más hemos recogido a manera de evangelio las palabras del distinguido amigo nuestro, que agradecemos y que tratamos de re-

construir.

(La Tribuna, 24 noviembre 1937).

Modelo de esposas que saben mantener distintas la vida pública y la vida de familia.

## La sencillez de la esposa de Mussolini

¿Hago mal en denominarla una mujer desconocida? ¿Habéis visto jamás su bello rostro romano, acaso ajado por la madurez, en la pantalla de las actualidades cinematográficas o en las cubiertas de las revistas ilustradas? ¿Os han hablado los periódicos de sus trajes y sus paseos? ¿Ha aparecido su nombre alguna vez en las reseñas sociales donde los grandes del mundo exponen sus singularidades y pequeñeces ante la malignidad popular?

Desconocida, sí. Doña Raquel de Mussolini

lo es hasta lo inverosímil. Todos nos preguntamos cómo la mujer del dictador cuyos sueños turban a Europa, ha podido librarse tan absolutamente de la celebridad.

No busquéis demasiado lejos la explicación, que es sencillísima: La mujer del César ha permanecido en el anónimo porque ella así lo ha querido.

Su esfuminación es una obra de sabiduría,

diaria, continua, defendida.

Sinembargo, la psicología, los rasgos, la vida social y personal de esta mujer misteriosa nos interesan mucho por el cuidado que ella pone en ocultarse. El historiador, el psicólogo, el simple curioso desearían conocer esta vida.

Tratemos de alcanzar una pequeña victoria sobre doña Raquel, la misteriosa, revelando al-

gunos de sus secretos.

Habiendo explorado conmigo esta vida oscura—y sinembargo desprovista de sombras—me quedaría admirado si aquellos que más detestan a Mussolini no exclamaran al punto: «Hubiera sido peor a no ser por ella»; y si aquellos que lo admiran no murmuraran en seguida: «Sin ella, no hubiera sido tan grande».

Es por esto por lo que doña Raquel nos perdonará—así lo espero—el haber escuchado junto a su puerta y observado por encima del muro

continued the property that the

de su jardín.

Los brazos hundidos hasta el codo en una tina de agua jabonosa, una muchacha—Raquel, la pequeña sirvienta—hace la colada en el patio de la posada de Pedrappio.

Dios sabe, sin embargo, que su vida no es grata. Sus padres son campesinos tan pobres que no han podido sostenerla en su casa. La han colocado a condición en casa de doña Rosa Mussolini, la viuda del herrero.

Es ella quien hace todo el trabajo gordo de la posada. ¡Y no es muy divertido que digamos! Por allí no pasan más que algunos carreteros que beben a tragos un vaso de vino y se atracan de tortilla. Los domingos vienen los ricachos del pueblo a jugar a las cartas y arrasar la despensa.

Parece que en otro tiempo era muy diferente. El herrero invitaba a sus amigos para hablar de política, bebiéndose buen vino. Se dice que aquel herrero era un hombre rudo. Un rojo que no temía defender sus ideas y que por ellas fue encerrado en la cárcel. Pero, el herrero ha muerto. Y desde que no se escucha su martillo golpear contra el yunque, su viuda, la señora Rosa, no es más que una sombra.

Para educar a sus tres hijos—Benito, Arnaldo, Edwige—no contó más que con los magros beneficios de la posada y su pensión de institutriz: dieciocho liras por mes. Es una mujer marchita que camina a pasos de pajarillo y se sobresalta al menor ruido. Su sonrisa es a la vez tan dulce y tan triste que nadie se atreve a mirarla a menudo, por miedo de que vaya a echarse a llorar.

Felizmente, los muchachos son grandes en la actualidad. No hay más que uno, el mayor—Benito—que dé aún preocupaciones a la señora

Rosa.

Este-piensa Raquel con admiración-es un verdadero demonio! Es socialista como su padre y también ha estado ya en prisión a causa de sus ideas. Es un hombre que quiere cambiarlo todo, dar trabajo a los pobres y pan a los hambrientos. ¡Como si eso fuera posible! Pero, es también un sabio. Ha sido instructor y luégo profesor de francés en Oniglia. Ha viajado por los países extranjeros. No se sabe a ciencia cierta lo que ha hecho por allá. Dice la gente que los suizos y los austriacos lo encarcelaron. Ahora escribe en los periódicos y es Secretario de la Federación Provincial Socialista. Tiene que inquietar a su mamá! La política no es un oficio. Esta es también la opinión de Raquel. Si se atreviera, se lo diría a Benito.

—Raquel—dijo la señora Rosa desde la ventana—vé a buscarme zanahorias a la huerta, para la cena.

-Sí, señora Rosa.

Cuando cumple el encargo, la sirvienta vuel-

ve a su colada. Este Benito—piensa—es un hombre terrible! Cuando nos mira no sabemos lo que nos pasa. No es extraño que todas las muchachas del pueblo corran detrás de él. No hay quien sepa tocar el violín como él. Seguro que con su música ganaría más dinero que con su política y sus periódicos. ¡Pero, cualquiera le quita las ideas de la cabeza!

Y Raquel la emprendió de nuevo con su

canción, aunque con dejo más triste:

Abbiamo dormito sul nudo terreno.

(Hemos dormido sobre el desnudo terreno).

Detrás de ella, una voz fuerte terminó el estribillo:

E in América si lunga, si larga, traversata da fiume e montagne, con l'industria di noi Italiani abbiam fondato paesi e citá.

(Y en la América tan larga y tan ancha, atravesada por ríos y montañas, con la industria de nosotros los italianos hemos fundado países y ciudades).

Raquel se volvió. ¡Dios mío, era él!

Una pequeña barba negra sobre sus hundidas mejillas. Sus ojos brillantes bajo el ala del gran sombrero. Una pelerina flota sobre sus hombros. Lleva en los bolsillos algunos libros. Y en los brazos la caja de su violín.

-Buenos días, Raquel.

-Buenos días, señor Benito.

Mussolini se detiene y observa despacio a la muchachita. Hace años que la conoce. La había visto cien veces, pero no la había mirado jamás. Es rubia y fresca y tan sana que úno se siente rejuvenecer sólo con posar sobre ella los ojos. Raquel enrojeció ante la mirada audaz del violinista revolucionario. Benito vio que le temblaba la garganta. El no se equivocaba ante tales signos.

-Raquel-le dijo-, se besa siempre al hijo

de la casa cuando retorna.

Cuando llegó la noche, Benito y Raquel fueron a pasearse a la luz de la luna, por los olivares.

Se le habían presentado a Benito muchos partidos ventajosos. Pero él miraba por encima del hombro a las hijas de los campesinos ricos. Se había cruzado por entonces en su camino una muchacha maravillosa con talle de parisién y con unos ojos de ángel de Rafael: una institutriz que tocaba el piano, recitaba poemas de Carducci y hablaba francés como una gran dama. Benito dio con ella algunos paseos sentimentales. Compuso para esta muchacha una romanza:

«Bimba, non mi guardare» (Muchachita, no me mires...). Pero las cosas terminaron allí.

Quizá recordaría a la bella propagandista rusa Helena M... que le decía «Benitouchka» y lo despertaba a mitad de la noche para hablarle de Karl Marx. Talvez no había olvidado todavía a alguna de esas muchachas de Frioul...

Pero, de repente, no existió para él más mujer que Raquel. La muchacha no aportaba más que sus bellos cabellos, su corazón fiel. A su vez Benito sólo podía ofrecerle su cabeza llena de frases, sus ojos conquistadores y su ruin porvenir de intelectual muerto de hambre.

Pero el uno convenía a la otra, y la pobre señora Rosa tuvo que resignarse una vez más.

La pareja se instala en Forli, en una pequeña habitación de obrero. Raquel se ocupaba de todo: de la limpieza, del lavado, de la cocina. Cuidaba el rebaño. Hacía calceta.

No ha cambiado en nada. Se le puede preguntar hoy: ¿Qué hacéis, doña Raquel? Responderá al momento: «Me ocupo de mi casa». Y eso es cierto en 1937 como lo fue en 1910 o en 1914.

No es fácil la vida en la pequeña habitación de Forli, sobre todo después del nacimiento del primer hijo: Edda, hoy condesa de Ciano. Tienen ciento veinte liras mensuales para vivir, ni un céntimo más. Y Benito no puede trabajar con más ahinco. Además de su secretaría remunerada por la Federación Socialista, ha emprendido un periódico semanal de doctrinas, La Lucha de Clases, en el cual lo hace todo, desde el editorial hasta las fajas para los abonados. Para pagar el impresor, a menudo hay que recurrir a las escasas liras del presupuesto hogareño. Doña Raquel no protesta. No se comprará ropa este mes y eso será todo. En resumen, el traje que viste—el único que tiene—podrá durar algunos meses más.

No son esas frivolidades lo que la inquieta, sino el humor de su marido. Benito se va haciendo más taciturno cada vez. Ha perdido su risa, su hermosa confianza. Duda de todo ahora, más que nada de sí mismo. Sus compañeros de lucha en las filas socialistas le parecen mediocres y débiles. Los llama los lame-botas o los tallarines.

Doña Raquel tiene casi terror cuando lo ve llegar por las noches con el sombrero sobre los ojos y los dientes apretados.

Benito exclama con verdadera desesperación:

—¡Raquel, Raquel, todo está perdido! No haremos nunca la revolución.

La valerosa mujercita lo desarma quitándole

los zapatos.

—Pero sí, tú la harás. Sólo que te impacientas, Benito. Quieres recoger la cosecha apenas has terminado la siembra. ¿Crees que sea razonable?

El futuro dictador no la oye. Ha cogido un volumen de Leopardi y se abandona al encantamiento mortal de su melodioso pesimismo.

—¿Qué soy yo, Raquel? Dímelo—murmuró de pronto—. Como ves, puedo hacer política y no tengo bastante paciencia para esperar los resultados. Quizá he hecho mal en abandonar la literatura. El folletín que dí a Avanti, «Claudia Porticella o la querida del Cardenal», dobló la tirada. Pero, no es eso lo que me interesa. Hacer novelas populares, nó, por misericordia! Era más feliz de albañil. Al menos, se ve lo que se hace, se está seguro de construir una casa.

Al fin Benito se calla y permanece sentado sobre la cama, con las piernas colgantes y los

ojos en el vacío.

Entonces ella le habla dulcemente de su infancia, de su padre, de mamá Rosa y de aquel día—¿te acuerdas?—que condujo los ganzos de Pedrappio hacia el vergel de Joseíto...

El hombre vencido se revigoriza al contacto de los recuerdos. El campesino asfixiado por los libros recobra su valor, encontrando su infancia

manup gottope, all clipping assesses indees

entre los labios de su mujer.

Entonces cogía el violín y se ponía a tocar romanzas, con la corbata deshecha y su hermosa cabellera inclinada sobre el instrumento, como si fuera sobre el seno de una mujer. Doña Raquel, con las manos cruzadas sobre el vientre grávido por una vida nueva, lo escuchaba sonriendo.

—¡Cuán dichosos seríamos—pensaba ella—si

no existiera esa maldita política!

Pero la política no abandonaba a su violinista.

Y doña Raquel veía con menos alegría que orgullo que su instructor romántico se convertía

en hombre grande.

Hélo aquí como figura principal del periódico L'Avanti y líder extremista de su partido. De ambas cosas se aprovechaba para fomentar una pequeña revuelta a propósito del desembarco de los soldados italianos en Trípoli.

Cogen a Benito. Lo condenan luégo a cinco

meses de prisión.

Doña Raquel no llora. Espera, atendiendo

a su casa, como siempre.

Benito sale del encierro y se convierte en director del Avanti. Firma artículos cada vez más incendiarios.

1914. En un pequeño pueblo, del que nadie sabe el nombre, un archiduque austriaco y su mujer caen bajo los disparos de unos conjurados servios. La ola de sangre de Sarajevo se extiende, crece e inunda a Europa.

Al comienzo, Italia no se moviliza y doña Raquel aprueba con toda su alma a su marido

cuando éste protesta contra la guerra.

—Que viva la política—dice la mujercita—si la política puede impedir la matanza!

Pero Benito evoluciona. Presenta su renuncia

al Avanti y funda Il Popolo d' Italia.

Los dos lemas que porta el periódico:—
«Quien tiene armas tiene pan: Blanqui», y «La
Revolución es una idea que encontró bayonetas
para defenderse: Napoleón»,—no son muy adecuados para tranquilizar a Raquel.

Ella tiembla cuando escucha a su marido explicarle que Italia debe tomar parte en la guerra, de la que saldrá, según él, la redención de las provincias irredentas y la Gran Noche tan espe-

rada. In a b 100 billiogoig a fall saves altouped Subir

—¿De veras que es necesario, amigo mío?
— Sí—le responde.

Entonces ella se calla, resignada, como mamá Rosa en otro tiempo, cuando el herrero de Pedrappio se marchaba entre los gendarmes.

Mussolini besa a su mujer, a sus hijos; acuesta el violín en su pequeño ataúd y parte para la

guerra.

El 24 de febrero de 1917, doña Raquel recibe un telegrama. El sargento Mussolini ha sido herido gravemente por la explosión de un mortero, ante Boberdo. Lo llevan a Ronchi, luégo a Milán.

Cuando su mujer lo vuelve a ver, es un moribundo. Tiene cuarenta y dos heridas, repartidas por todo el cuerpo.

Sin embargo, el sargento Mussolini sobrevive. Cuando oye las campanas del armisticio, toma de nuevo su puesto en el Popolo d'Italia y crea el primer fascio. Es un personaje.

Doña Raquel no tiene ya necesidad de consolarlo. Benito sabe a dónde va. Si no tiene tiempo para tocar romanzas en su violín, canta

por la mañana mientras se afeita.

Algunas veces exclama, poniendo sobre sus

rodillas a Edda, Bruno o Vittorio:

-¿Sabes, Raquel? Tú tenías razón. Al fin haré mi revolución.

Y Raquel, dichosa de verlo tan radiante, no pregunta si se trata de la Gran Noche que em-

brujaba los sueños del maestro de Forli.

También, el 27 de octubre, cuando las legiones comenzaron a marchar sobre Roma, y el 29, cuando el Rey confirió el poder a Benito Mussolini, doña Raquel era la cabeza más fría de toda la Península. Y no ha cesado de serlo.

Instalada en el palacio Titoni, luégo en la Villa Torlonia, vive con tanta sencillez como en Forli o en Milán. Jamás se le ha visto en una recepción diplomática, en un té elegante o en una playa de moda. El hogar, el eterno hogar y la educación de sus últimos hijos Romano y María toman todo su tiempo.

—¿Por qué queréis que cambie de vida? Porque Benito es dictador? Esas son cosas de

hombres que a mí no me incumben.

Por la mañana, cuando su marido se va hacia el palacio de Venecia—palacio al cual doña Raquel llama «la oficina», como si se tratara de cualquier jaula de banco o de compañía de seguros—ella ordena el almuerzo, vigila la colada o el remiendo de ropa. Después hace recitar sus lecciones a Romano y a María. Más tarde baja al jardín.

Cuando Raquel pasa algunos días en Rocca del Camminata, el magnífico castillo que regalaron a Mussolini los habitantes de la provincia de Ravena, ella se reúne de nuevo con sus parientes que cultivan las tierras del dominio. En esta atmósfera campesina está en su puesto y recobra valor y fuerzas para el resto del año.

Este olor de la campiña se lo trasmite a su marido. Como una «medium» lo pone en comu-

nicación con las fuerzas primitivas.

Donde el mundo entero ve un emperador, ella no percibe sino al maestrillo que la besó hace un cuarto de siglo en la taberna de Pe-

drappio.

Silenciosa, Raquel espera que Benito la aguarde como en otros tiempos en la pequeña habitación de Forli, cuando él desesperaba de su estrella. Así, en su «vida humilde de trabajos fastidiosos», que no son por cierto fáciles, sino que exigen «muchísimo amor», doña Raquel envejece dulcemente.

Ella no deseó en lo más mínimo su destino prodigioso, pero tampoco le ha huído. La política le sigue disgustando siempre. Es la política quien llevó a su marido a la prisión once veces, y es también la política la que pone en peligro de muerte a Bruno, a Vittorio y al esposo de Edda, aviadores de una escuadrilla cuyo nombre, La Disperata, hace temblar a su madre. Es la política quien colocó a Benito Mussolini a la altura del trono.

Pero estas grandezas no tienen nada que ver con la dicha sencilla deseada ardientemente por Raquel. Le parecen menos seguras que «una buena situación». Como Leticia, la madre de Bonaparte, la mujer del César está tentada a menudo de decir, moviendo su pensativa cabeza:

-¡Dios mío, con tal que dure esto!

Pero su ternura impone silencio a sus inquietudes.

Y, muda, con el corazón apretado, escucha el paso de las legiones en marcha.

Luis Delapree

## La Historia Anecdótica

POR JULIO VIVES GUERRA

Coreográfico y agencia mortuoria. — Quienes ya hemos mediado el siglo, vivimos de los recuerdos, gustamos de evocar los de la lejana juventud y pensar en los amigos que, al morir, se llevaron consigo un poco de nuestro propio sér.

Por eso yo aludo frecuentemente a Luis Zea Uribe, a Jesús del Corral, a Tomás Quevedo Alvarez y a todos esos fraternales amigos de in-

fancia lejana y de lejana juventud.

En dónde, en dónde están los que conmigo se aventuraron en la lid tremenda? Dejando voy por la difícil senda uno tras otro al deudo y al amigo!
Soy como el veterano que en la aldea, donde ignorado vive y escondido, en recordar los riesgos que ha vencido sus veladas inútiles emplea.

Allá por los años de 1890 ó 1891 vino de Santa Fe de Antioquia a Bogotá, en viaje de paseo, fesús del Corral.

En aquellos tiempos un viaje de Antioquia a Bogotá era aproximadamente como un viaje hoy de Bogotá al Japón; y quienes no habíamos salido sino a los aledaños de nuestra ciudad nativa, mirábamos a los que habían venido a la capital de la República como si cada uno de ellos fuese un Marco Polo, un Herodoto, un Gulliver.

En aquella época Jesús del Corral tenía unos veinte años, era un muchacho rico y había venido a darse un filito de Bogotá. De modo que no tiene nada de extraño que, aunque no fue nunca dado a la parranda, les arrimara el hombro a los bailes de candil, a los piquetes bien regados y a las jiras en que Hebe y Momo dan de sí lo que pueden.

Una noche andaban de bureo Jesús del Corral, Julián Páez, Manuel Uribe Velásquez, Julio Flores y Julio Galofre, y al pasar por una casa de dos pisos oyeron que en el piso alto sonaba música.

—¿Qué sucede aquí?—preguntó del Corral. —Este es un bailadero—contestó Páez.

—Pues entremos—agregó Uribe Velásquez, que se hallaba siempre presto a echar una cana al aire.

—Entremos—repuso Galofre—, y van a ver una cosa curiosa.

-¿Qué es ella?-preguntó Flores.

—Que para entrar a ese salón de baile hay que pasar por una agencia mortuoria que se halla en el piso bajo.

Entraron y, efectivamente, antes de tomar la escalera que conducía al salón de baile, tuvieron

que atravesar una agencia mortuoria.

Los ataúdes, recostados contra los muros, parecían aguardar a que las parejas terminasen la danza para acogerlas en sus cuencos sombríos. En un cuadro mural, una calavera pintada sobre dos fémures en equis, parecía hacerles muecas a los bailadores.

Una vez llegados los cinco amigos al salón de baile, Jesús del Corral sacó un libretín e improvisó un bello poema en redondillas, de las cuales apenas recuerdo estas, que me encuentro acurrucadas en un desván de la memoria:

Triste, con mirar incierto, me detuve a contemplar el contraste singular entre lo vivo y lo muerto.

Arriba, luz y armonía
en el dorado salón;
abajo, negro crespón
velando la estancia fría.

De esta vida transitoria, caprichosa y triste unión: jarriba, hermoso salón, abajo, agencia mortuoria!

Cosas de Soto Borda.—Alguna vez, cuando era Presidente de la República el general Rafael Reyes, se trataba de organizar una revista militar, o un bazar, en fin, una fiesta oficial que se esperaba con entusiasmo.

Algunos vecinos del barrio de Las Cruces,

personas de espíritu cívico, empezaron a trabajar por la prensa para que en ese barrio se verificara el festival, y parece que el ánimo del general Reyes se inclinaba a hacerlo allá.

El mismo día en que salió en un periódico la petición que sobre el particular hacían los vecinos de Las Cruces, se encontró el respetable caballero don Antonio Izquierdo con Clímaco Soto Borda, y le dijo, mostrándole el diario:

—Míra, Clímaco, esto. Tienes que escribir un artículo en que muestres las ventajas que tiene el Bosque Izquierdo para hacer en él el festival.

—Por supuesto—contestó el cantor de El Músico Bohemio—; pero yo creía que era cosa convenida el hacer allá la fiesta.

—Eso se pensó al principio—repuso don Antonio—; pero después los vecinos de Las Cruces han pedido que se haga allá, y el general Reyes como que quiere complacerlos.

Soto Borda se comprometió a escribir el artículo, y efectivamente lo publicó al día siguiente; pero no se limitó a enaltecer las excelencias del Bosque Izquierdo, sino que se corrió hasta denigrar la plaza de Las Cruces, y aseveró que ella no servía sino para vender chicharrones y cacharros averiados.

Algunos vecinos del simpático barrio, justamente indignados, empezaron a decir que cuando Soto Borda asomara por allá las narices se las vulnerarían y le pondrían las peras a cuarto.

Un día se encontró Soto Borda con el inspirado poeta Eduardo Echeverría; éste le contó la amenaza de esos vecinos de Las Cruces y aquél le dijo:

—Ala, no me voy ahora para Las Cruces, porque no tengo plata; pero apenas levante siquiera cinco pesos me voy para allá y verás que no me pegan.

-No vayas, que te curten-le aconsejó Eche-

verría.

-Verás que no me pegan.

Apenas Soto Borda consiguió cinco o diez pesos, se fué una tarde para Las Cruces. En la propia esquina de la plaza había en ese tiempo una cantina que se llamaba La Rueda Pelton; a ella penetró Soto Borda con la mayor impavidez, si situó en uno de los reservados y pidió una botella de cerveza.

Cuatro o cinco individuos que lo habían visto entrar, alzaron la cortinilla, asomaron la cabeza y uno de ellos le gritó:

-Señor Soto Borda, salga, que tenemos que hablar.

-Entren ustedes y se toman un trago conmigo-contestó Clímaco.

-Salga a la esquina para que nos pegue-

mos!-insistió el otro.

Y Soto Borda, sin inmutarse, le dio esta contestación, que fue acogida con las carcajadas de quienes estaban resueltos a apalearlo: -No podemos pegarnos usted y yo en la esquina porque no somos avisos.

Una caja de colores.—Don Tomás Pardo Rivadeneira era un caballero bogotano que pertenecía a una de las más honorables familias de la capital.

Existió el señor Pardo en aquellos buenos tiempos en que—mucho más que ahora—el ingenio se daba silvestre, y las salidas chispeantes surgían a porrillo.

Ni que decir hay que el espíritu burlón de don Tomás le dictaba a cada paso oportunas agudezas y no pocas guasas que eran el regocijo de sus compañeros.

En aquella época—que el Indio Uribe calificó de «tiempo de la avalancha métrica»—todos sabían hacer versos. Se me dirá que hoy también; pero hay que distinguir: en aquellos tiempos todos sabían hacer versos y hoy todos los hacen, aunque no lo sepan, lo que no es lo mismo, y así sale ello.

Estaba una vez el señor Pardo Rivadeneira de paseo en la hacienda de Peñalisa, en compañía de su íntimo amigo el ilustre publicista Aníbal Galindo, y determinaron venirse una madrugada en canoa, río abajo.

Eran apenas las cinco de la mañana, en una de esas mañanas de diciembre en que el amanecer de tierra caliente es una orgía de colores, un derroche de luz y una profusión de claridades.

La canoa se deslizaba rápidamente río abajo, y el doctor Galindo, que era persona de gran talento, pero no sabía hacer versos—o, al contrario, porque el pero acarrea lo principal en las frases: que no sabía hacer versos pero que era persona de gran talento—se sintió de sopetón inspirado, y, mirando de hito en hito las fulguraciones de la aurora, empezó a improvisar:

De rojo, de verde,
de azul y de nácar,
de rosa y jazmín...

Mas se le huyó la musa y, con el fin de atraerla de nuevo, repitió:

De rojo, de verde, de azul y de nácar, de rosa y jazmín...

Nada, que el demonio de la musa estaba resistida a volver a la mente de su amartelado requeridor, por lo cual el señor Pardo Rivadeneira, con voz estentórea, que despertó las ondinas del río y las náyades de la orilla y las hamadríades del boscaje, terminó así la muy sudada y coloreada estrofa:

Con tántos matices,
caja de colores
tendremos al fin!

Un quijotismo de José Eustasio.—José Eustasio Rivera no fue solamente inspiradísimo poeta y gran novelista, sino que su corazón no era inferior a su cerebro y tuvo rasgos de hidalguía a linde con el quijotismo.

Todos tienen a Rivera por un hombre práctico que hacía bellísimos versos; por un viajero que escribió una de las más hermosas novelas de la lengua castellana; pero Rivera fue antes que todo un romántico.

Y esto lo afirmo por vía de elogio, de altísimo elogio, porque el romanticismo está en la sangre latina, y si es Isabel de Segura y Diego Marsilla en Teruel, también es Bolívar en Junín. El día en que desaparezca de la tierra el romanticismo tendrán que andar con el arma al brazo los hombres honrados para defenderse de los puñetazos de ciertos púgiles a quienes jalea el público espeso, y de las patadas de ciertos futbolistas endiosados.

Rivera fue, lo repito, un poeta romántico. Su género quizá pudiera llamarse romántico-descriptivo o romántico-objetivo.

La dulce quejumbre de la torcaz, el silencioso vuelo de la garza, el galopar de los potros en la llanura extensa; las vacadas que mugen, la noche que cae sobre los Llanos, todo tiene un fondo melancólico y romántico.

Y hay que leer este soneto, quizá el más bello de Rivera, para apreciar ese romanticismo:

Doliente y solo, donde el llano empieza, se tiende el cementerio campesino y en la vasta penumbra el vespertino viento suspira y la colmena reza.

Nada turba su mística tristeza; nada, y en el invierno peregrino se dobla alguna cruz ante el camino y amanece llorando la maleza.

Ya de noche, unas vacas compasivas, haciendo misteriosas rogativas, se echan por calentar las sepulturas, y, dirigiendo al cielo sus ojazos, ven una cruz de estrellas cuyos brazos se abren sobre las huérfanas llanuras.

En una de sus frecuentes excursiones por los Llanos, iba Rivera una vez con un compañero, cuando oyó que de un bosquecillo a un lado de la senda salían ayes y alaridos.

Pusiéronse en escucha los dos viajeros y, como los ayes seguían, diéronles de las espuelas a las cabalgaduras y penetraron al bosquecillo.

Era una escena semejante a una de las primeras aventuras de Don Quijote: un habitante blanco de aquellas regiones estaba dándole de latigazos a una pobre india que gritaba desesperadamente.

Rivera, sin apearse, le arrebató el látigo al vapulador, en tanto que le gritaba:

—¡Cobarde!... guache!... canalla!... ¡Así
no se trata a una mujer!

El otro, que parecía ser un rudo ganadero, requirió el revólver y le gritó al poeta:

—Para usted también hay... y para su madre!
Rivera dio un rugido, le clavó las espuelas ferozmente al caballo que, encabritado, saltó sobre el grosero gañán y lo arrojó sobre la yerbacomo un pelele. El valeroso cantor de la selva se apeó y, ya con su revólver en la mano, le dijo al otro:

—Voy a darte diez latigazos en la cara: uno por esta pobre india; otro por todos los indios a quienes habrás maltratado, y otros ocho por

mi madre.

Dicho esto, esgrimió el látigo que, al caer sobre las mejillas del palurdo, le dejó una huella

roja.

El hombre lanzó un grito que devolvieron los ecos nemorosos. Rivera alzó el brazo y otra vez el látigo pintó una serpiente de fuego sobre la mejilla del gañán. Este se arrodilló, juntó las manos en imploración y dijo:

-Perdóneme, señor...!

El poeta guardó su revólver, recogió el del azotado, se lo entregó y le dijo tranquilamente:

—Tôme su revôlver y asesíneme por la espalda si quiere. Le perdono los otros ocho latigazos en nombre de mi madre...

Un rasgo de Vergara y Vergara.—Desde mi lejana infancia el nombre de don José María Vergara y Vergara me era familiar, porque mi madre me cantaba a menudo unas seguidillas dolientes del excelso autor de la Historia de la Literatura de la Nueva Granada:

Otro día se vieron
sus dos ventanas
abiertas a las brisas
de la mañana:
era que adentro
las mujeres estaban
velando un muerto!
Era la dulce niña
que reposaba
sobre su blanco lecho
de rosas blancas
y en torno ardían
cuatro cirios más blancos
que sus mejillas!

Por eso, con el recuerdo de aquellas dolientes seguidillas que mi madre me cantaba, viene siempre a mi memoria el de la condal figura del poeta; lo que hace que esté yo doblemente agradecido al caballero que, con el seudónimo de Areizipa Jr., me remite los datos para esta anécdota; datos que, por considerar yo discreta y acertadamente escritos, copio casi textualmente, con los ligeros cambios que exige el tono general de esta sección.

«Don José María Vergara y Vergara vivía en esta ciudad, en la carrera 5.ª, entre las calles

16 y 17.

»Cierta noche estaba escribiendo, después de comer, en su gabinete, cuando vinieron a avisarle que unos soldados de los conservadores estaban rondando la casa de su tía, doña Inés Vergara, la que le suplicaba que fuese.

»Doña Inés era liberal y grande amiga del general Mosquera, a cuyas tropas ayudaba durante la guerra, enviándoles noticias, drogas, ví-

veres y cuanto estaba a su alcance.

Supo esto el Gobierno, y entonces fué a la casa de la señora Vergara una escolta, al mando de don Guillermo Terán, abuelo del inteligente caballero y activo director actual de la circulación, don Pablo Aza Terán.

»Don Guillermo era pariente y amigo de Vergara y Vergara, y fué enviado por el Gobierno a la casa de doña Inés con el fin de que inspeccionara todo y viera si encontraba documen-

tos comprometedores.

» Don José María, al recibir la angustiosa razón de su tía, salió apresuradamente en dirección a la casa de ella, que vivía no lejos de allí.

»Apenas llegó Vergara y Vergara, el señor Terán, sumamente irritado, lo detuvo, y como aquél insistía en entrar, don Guillermo, sin oír razones, lo hirió en el pecho con la espada.

»A causa de la herida, don José María viose obligado a guardar cama durante tres meses.

» Algún tiempo después triunfó la revolución y el general Mosquera asumió el poder. Naturalmente hizo gran cantidad de prisioneros políticos, entre ellos a don Guillermo Terán.

»Supo de la prisión de éste el señor Vergara y Vergara, y aprovechando las influencias de su tía doña Inés, pidió y obtuvo el permiso para

visitarlo en la cárcel.

»Invitó para que lo acompañaran a la señora y a los niños de don Guillermo, a quienes el prisionero no veía desde hacía varios meses.

»Al entrar a la celda del prisionero el señor Vergara y Vergara, don Guillermo le dijo rudamente:

---» José María, ¿vienes a vengarte?

-»Sí-contestó el gran literato, mientras lo abrazaba -. Te traigo, para vengarme de tí, los besos de tus hijos».

Apotegma jurídico.-El doctor Belisario Agudelo es un respetable e ilustrado jurista, actualmente magistrado del tribunal superior de Antioquia.

Es el doctor Agudelo un magistrado conscienzudo e integérrimo, que en todos los empleos judiciales ha dejado una luminosa huella de saber, de honradez y de laboriosidad, y así, es justamente querido y estimado por cuantos con él tienen que rozarse en una u otra forma.

De tal modo que no pertenece el doctor Agudelo a la piara de aquellos jueces a quienes puede aplicárseles el resabido y resobado epigrama:

> Hay en este pueblo un juez que vive muy satisfecho pues sabe tánto derecho que lo sabe hasta al revés.

Tampoco es el doctor Agudelo de esos magistrados que para dictar un auto de citación nombran a los fenicios, a los romanos, a los indúes y a los israelitas; sino que—según dice uno de sus biógrafos—es conocido «como el magistrado de las sentencias cortas pero jurídicas».

En el año de 1925 era el doctor Agudelo juez del circuito de Santo Domingo, y una tarde que salía de su oficina se encontró con su amigo, el honorable e inteligente caballero don Jesús

Mira Giraldo.

—Doctor Agudelo—le dijo el señor Mira, señalándole un club por donde en ese momento pasaban—, ¿quiere que entremos a jugar una partida de billar?

-Entremos, y sea lo que Dios quiera-con-

testó el doctor Agudelo, sonriendo.

Entraron los dos amigos, y el doctor Agudelo le dio a guardar al administrador del establecimiento unos códigos que llevaba bajo el brazo. Después de una hora de jugar al billar, el doctor Agudelo, que tenía que pagar lo que en el argot de los billaristas se llama «el tiempo», le dijo al administrador en són de chanza:

-¿Qué hace usted ahora conmigo, don Juan,

que no tengo con qué pagarle?

El administrador, siguiendo la chanza, contestó:

-Entonces me quedo con estos códigos, para

no perder mi plata.

—Si ha de quedarse usted con esos códigos repuso el doctor Agudelo—, hago cualquier sacrificio y le pago.

-Y por qué hace usted sacrificio para pa-

garme?-preguntó don Juan.

—Porque los códigos y las leyes en manos de los ignorantes son tan peligrosos como las bombas de dinamita en manos de los niños.

Un curso singular.—Siempre ha habido la creencia, sobre todo entre los enemigos de los presidentes, de que éstos, para escoger los empleados, no paran mientes sino en sus paisanos, en los nativos de la patria chica.

Cuando mandaba Núñez todos afirmaban que no nombraba sino costeños; cuando Marroquín, que bogotanos; cuando Reyes, que boyacenses; cuando Restrepo, que antioqueños; ahora, que

tolimenses, y así de los demás.

Sea de ello lo que fuere, el hecho es que cuando la presidencia del doctor Carlos E. Restrepo, las gentes dieron en afirmar que «les cargaba mucho la mano a los maiceros», esto es, que para los montañeses eran los empleos.

Pero hago constar que, por lo que a mí se refiere, eso no fue cierto, pues Carlosé, cuando fue presidente de la república, no me nombró

ni la madre.

Hallábase en Tunja, un día de mediados de 1911, leyendo en su cuarto, el inteligente caballero don Alejandro Barrera Gómez, de tal modo entusiasmado con su lectura, que no sintió cuando asomó a la puerta su amigo don Elías Franco, otro caballero de muy claro talento y de buen ingenio.

El señor Barrera a ratos leía apenas musitando, y a ratos declamando con vehemencia,

por lo cual don Elías le preguntó:

—¿Qué lees tan entusiasmado?

Don Alejandro no se enteró de la pregunta y leyó en voz alta:

> Salve, segunda trinidad bendita! Salve, frisoles, mazamorra, arepa! Yo con sólo nombraros ya siento hambre! No muera yo sin que otra vez os vea!

--¡Bonito modo de contestar!—le interrumpió el visitante—. Dime qué es lo que lees.

Mas don Alejandro, siempre sin enterarse de la pregunta, siguió leyendo y declamando:

Pero con esa papa, la vil papa, ¿qué cosa puede hacerse? No comerla!

—Ala, Alejandro, estás loco?—le gritó don Elías ya casi enfadado—. Déjate de versitos y contéstame!

Nada, que el frenético lector no bajaba de las cumbres de su lirismo eglógico y sólo repuso:

Y como sólo para Antioquia escribo, yo no escribo español sino antioqueño!

—Bueno, pero me contestas o no me contestas?—le preguntó el señor Franco muy sulfurado.

Por fin bajó de las nubes don Alejandro y le dijo:

Excúsame, es que estoy estudiando para ganar un curso.

—Que estás estudiando? ¿Estudiando qué?

-Estoy estudiando antioqueño, a ver si Carlosé me da un destino.

Las travesuras de Rodríguez Moya.—No es que Francisco Rodríguez Moya haya puesto ya los pies en los umbrales de la ancianidad; pero quien lo ve hoy tan serio, tan atiborrado de guarismos y ecuaciones, arrojando la cartera ministerial a los pies del señor presidente, para ocupar su curul de congresista, no puede imaginárselo con quince años, arrancándose por peteneras y haciéndole a la novia versos en que la llamara hurí, hada, arcángel, y le aplicara otros sustantivos femeninos sacados de las nebulosas poéticas.

Yo sí conocí a Rodríguez Moya cuando él era estudiante, y a pesar de la diferencia de edades—pues no recuerdo si yo le llevaba quince años o viceversa (cruel enigma!)—nuestra amistad era muy sincera y muchos de sus versos los te-

nía aprisionados en mi memoria:

Entre ojos de mujeres, la pupila que amenaza llorar, más enamora: si quieres amistad, sé alegre y ríe, mas si quieres amor, sé triste y lloral

Yo que no doy mi corazón, lo vendo por un puñado de dolor... Sé triste!

Y cito estos endecasílabos porque yo no sé versos míos; cuando me veo obligado a recitar, les arrimo el hombro a esos y con ellos me luzco. Bien es verdad que nunca digo que sean ajenos, pero tampoco digo que son míos.

Bueno, pues Rodríguez Moya, poeta sentido y a veces tempestuoso, solía agarrar del pelo a la musa de lo jocoso, para que ésta le inspirara charlas métricas que hacían el regocijo de los

condiscípulos del poeta.

En el año de 1905 era Rodríguez Moya alumno de la Escuela Nacional de Minas, de Medellín, y rector del plantel, don Tulio Ospina, sabio profesor a quien Camilo Flammarión citó alguna vez como autoridad en achaques de astronomía y cuyo talento le iba por raza.

El profesor de Física de la Escuela de Minas era el doctor Francisco Antonio Uribe Mejía, un apóstol de la ciencia, conocido por todo el mundo con el familiar hipocorístico de el doctor Pa-

chito.

El doctor Pachito tenía, sigue teniendo y ojalá tenga por un siglo, para honra de Colombia, una venerable calva de esas que en las plateas sirven de punto de mira, y un día Rodríguez Moya, a petición de su condiscípulo el inteligente ingeniero doctor Alejandro Bernal, escribió estos versos, que después copiaron todos los alumnos y que el mismo doctor Pachito celebró grandemente:

La Academia del Estado, considerando que vive el doctor Pachito Uribe sirviendo a la humanidad, y que en tan ruda tarea ha perdido los cabellos negros, sedosos y bellos, que tuvo en la mocedad,

## es hotes viscossem ne Decreta: and namical or purp

Concédese una peluca
de gran honor a don Pacho,
al excelente ex-muchacho
de quien se acaba de hablar,
y ha de ser esa peluca
por el Fisco regalada
y en letra grande y dorada
esta estrofa ha de llevar:

Enero, undécimo dia;
la Academia del Estado
al gran cabecipelado
Francisco Uribe Mejía.

## Del Director

—Entrevista instantánea—dijimos a don Elías Jiménez, al doblar una esquina.

—¿De qué se trata?—nos preguntó, tirándonos de un brazo hacia el hueco de una puerta.

—Se trata de saber—proseguimos—si usted ha cambiado de opinión respecto a la fecha oportuna para las fiestas anuales de la ciudad de San José. Recordamos que hará en breve 35 años, siendo usted munícipe al lado de don Cleto González Víquez, del doctor don Carlos Durán, de don Ricardo Fernández Guardia y del señor ingeniero don Lucas Fernández, alguno propuso

que se hicieran las fiestas en marzo, y usted se opuso ardientemente.

- —¿Y a usted se le pasa por la cabeza que yo haya podido cambiar de parecer sin motivo? ¿Ha cambiado acaso el mundo? Diciembre sigue siendo el mes más bello y uno de los más sanos, talvez el más sano, con sus vientos del Norte, renovadores y tonificantes; mientras marzo sigue siendo un mes de calores abrumadores y de enfermedades epidémicas: influenza, sarampión, viruela, tifoidea, etc. Y añada que rara vez faltan en marzo uno o dos fuertes aguaceros, hacia el día veinte.
- —Pero en marzo hay mayor anchura económica que en diciembre.
- —¡Vaya un cuento! Marzo es un mes de extenuación frecuentemente. Las temporadas de baños de mar y de giras campestres, de enero y febrero, no son por cierto lo más a propósito para llenarle a usted los bolsillos. Pero eso de la holgura económica es cosa de última importancia para regocijos. La fiesta surge sola cuando hay buen humor. Y el buen humor depende por completo de la salud de que úno goza y de la alegría del ambiente. Diciembre es alegre por razones de metereología y en virtud de costumbres universales. En diciembre reciben sus diplomas nuestros estudiantes y—¡oh supremo contento!—están cerradas las escuelas. Las fiestas de fin de año existirán siempre, sin que

necesiten del famoso concurso de las comisiones organizadoras. Diciembre es de suyo toda una fiesta.

- Total, que usted está contra marzo.

—No, hombre, que hagan también fiestas en marzo, para que comparen y vean lo que es una fiesta a la que todo nos invita, y lo que es una jarana o fiesta sin alma o tradición.

1914). Abora, an varing innered de barberla

Contrarréplica es la respuesta a una réplica. Pero ¿qué es replicar? En lenguaje forense es instar o argüir contra una respuesta; pero en lenguaje corriente es también y sobre todo: «responder como repugnando lo que se dice o manda» (Academia Española), y aun responder simplemente o contradecir (Littré y otras autoridades). En inglés, hasta las respuestas con actos pueden expresarse con el verbo replicar: he replied with a blow (él respondió con un golpe).

Etimológicamente, replicar es lo mismo que replegar o replegarse: doblar hacia atrás; devolverse; reflejar; recogerse; meditar, reflexionar. Quintiliano dice: replicare labra, replegar los labios (hacia atrás, con desdén). Replica propiamente quien responde con desdén.

de Englaterral Contaba 167 ands de vida.

cesited det finance considered de las comisienes

¡Cuidado con hablar mal de los barberos...!

Hay que limitarse a contar lo que pasa sin hacer comentarios.

El nombre de barbero, hace tiempos que no les gusta. En muchas partes han preferido llamarse peinadores o peluqueros, coiffeurs, hairdressers (palabra usada antes de la guerra de 1914). Ahora, un «artista» francés, de barbería, acaba de darse el nombre de capilartista. La palabra está bien hecha; falta que pegue.

\* \*

El problema de las modas no es tan simple como parece. No es enteramente por obediencia a los modistas, ni por espíritu de imitación, ni por contagio, por lo que, a un momento dado, las gentes de París y las de San Ramón se arreglan el cabello y se trajean de maneras semejantes. Los hombres de una misma nidada, aun cuando vivan en lugares muy distantes y sin relaciones entre sí, manifiestan, por lo general, un gran parecido en sus gustos y en su mentalidad.

\* \*

El 29 de setiembre salió por última vez el Morning Fost. Era quizá el más antiguo diario de Inglaterra. Contaba 167 años de vida.